

Por qué se pelearon los dos Ivanes

Nicolái Gógol

I. Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich

Qué bonita es la *bekesba*^[1] de Iván Ivanovich! ¡Es excelente! ¡Caramba, maldita sea, qué piel más buena! ¡De color gris perla escarchado! ¡Apuesto lo que sea a que no hay otra igual! ¡Mírenla, por el amor de Dios —sobre todo cuando Iván se pone a hablar con alguien—, mírenla de costado! ¡Es imposible describirla: terciopelo, plata, fuego! ¡Dios mío y san Nicolás bendito! ¿Por qué no tendré yo una *bekesha* igual? Se la mandó hacer antes de que Agafya Fedoseevna se fuera a Kiev. ¿Conocen ustedes a Agafya Fedoseevna, la que le mordió la oreja al asesor?

¡Es un gran tipo, Iván Ivanovich! ¡Qué casa la suya en Mirgorod! Tiene un pórtico con columnas de roble que le da la vuelta entera y bajo el que hay bancos por todas partes. Cuando el calor aprieta, Iván Ivanovich se quita la *bekesha* y la ropa y vestido sólo con una camisa sale a su pórtico y se relaja contemplando lo que pasa en su patio y en la calle. ¡Qué manzanos y qué perales tiene justo frente a sus ventanas! En cuanto las abre, las ramas se meten dentro de la habitación. ¡Y eso es sólo lo que hay en la parte delantera! ¡Deberían ver ustedes lo que tiene en el jardín! ¡No le falta de nada! Ciruelas, bayas, cerezas, todo tipo de verduras, girasoles, pepinos, melones, judías... ¡Hasta una era tiene, y una herrería!

¡Es un gran tipo, Iván Ivanovich! Le gustan mucho los melones, que son su alimento favorito. Tan pronto acaba de comer, sale al porche en camisa y le pide inmediatamente a Gapka que le traiga dos melones. Él mismo los corta, guarda las pepitas en un papel especial y empieza a comérselos. Luego le pide a Gapka un tintero y de su puño y letra anota en el papel de las pepitas: «Este melón fue comido en tal y tal fecha.» Y si hubo algún invitado, añade: «con la ayuda de fulano de tal».

El difunto juez de Mirgorod siempre admiró la casa de Iván Ivanovich. Desde luego, es una casita que no está nada mal. Me gusta cómo le han añadido habitaciones y pasillos, de forma que si la miras de lejos no se ven más que tejados apoyados los unos en los otros, semejantes a un plato lleno de tortas o, mejor aún, a esos hongos que crecen en los árboles. Todos los tejados están cubiertos de cañas y sobre ellos descansan sus ramajes un sauce, un roble y dos manzanos. Entre los árboles asoman unas ventanas pequeñas con postigos tallados de madera blanquecina que a veces se pueden ver desde la calle.

¡Es un gran tipo, Iván Ivanovich! ¡Hasta el comisario de Poltava le conoce! Dorosh Tarasovich Pukhivochka pasa siempre a verle cuando vuelve de Khorol. Y el arcipreste, el padre Pyotr, que vive en Koliberda, a la que reúne a media docena de invitados, no hay vez que no les explique que nadie cumple mejor sus deberes cristianos ni sabe vivir mejor que Iván Ivanovich.

¡Dios mío, el tiempo vuela! Por aquel entonces hacía ya diez años que había enviudado. No tenía hijos. Gapka sí los tiene, y a menudo juegan en el patio. Iván Ivanovich siempre le da a cada uno una rosquilla, una raja de melón o una pera. Gapka lleva encima las llaves de las despensas pequeñas y del sótano; pero la llave del baúl grande de su dormitorio y de la despensa grande las guarda Iván Ivanovich en persona y no deja entrar a nadie. Gapka, una joven robusta, trajina arriba y abajo luciendo sus mejillas y sus pantorrillas, frescas y lozanas.

¡Y qué devoto que es Iván Ivanovich! Los domingos se pone la *bekesha* y va a misa. Al entrar saluda a todo el mundo y suele ir al coro, pues tiene voz de bajo y canta muy bien. Cuando el oficio termina, Iván Ivanovich no olvida pasar frente a todas las mendigas. Sólo su natural bondad le empuja a hacer algo tan aburrido.

—Hola, pobre mujer —suele decir después de haber encontrado a la que le parece la más desgraciada, vestida con un vestido harapiento lleno de remiendos—. ¿De dónde vienes?

—Vengo de un caserío, buen señor. Hace tres días que no como ni bebo nada. ¡Mis propios hijos me echaron de allí!

—Pobrecita, y ¿qué haces aquí?

—Pido limosna, señor, a ver si alguien me da para comprar pan.

—¿Así que es pan lo que quieres? —suele preguntar Iván Ivanovich— Hum...

—¿Cómo no voy a quererlo? Tengo un hambre canina.

—Hummm... Entonces quizá te apetezca también carne —replica habitualmente Iván Ivanovich.

—Cualquier cosa que me pueda dar su merced me parecerá bien.

—Hummm... ¿Es que la carne es mejor que el pan?

—Una persona hambrienta no está en posición de elegir. Todo lo que usted me dé estará muy bien.

Y en ese punto la anciana suele tender la mano.

—Bueno, ¡ve con Dios! —le dice Iván Ivanovich—. ¿Por qué te quedas ahí parada? ¡Yo no te pego!

Y, después de hacer las mismas preguntas a un segundo mendigo y luego a un tercero, vuelve finalmente a casa o entra a tomar un vaso de vodka en casa de su vecino, Iván Nikiforovich, o en la del juez, o en la del comisario de policía.

A Iván Ivanovich le encanta que le hagan regalos. Eso le llena de gozo.

Iván Nikiforovich también es un buen hombre. Su patio está al lado del de Iván Ivanovich. No ha visto el mundo dos amigos que se quieran más que los dos Ivanes. Antón Prokofievich Pupopuz, el que todavía va por ahí vestido con su levita marrón con mangas azules y come los domingos en casa del juez, solía decir que el mismo diablo había atado con un cordel a Iván Nikiforovich e Iván Ivanovich. Allí donde uno va, el otro le sigue.

Iván Nikiforovich nunca se casó. Aunque se decía que había estado casado, era una absoluta patraña. Conozco muy bien a Iván Nikiforovich y puedo asegurarle que jamás ha albergado la menor intención de casarse. ¿De dónde saldrán todos estos chismorreos? También se decía que Iván Nikiforovich había nacido con un rabo enganchado a la espalda, pero eso es una invención tan absurda que ni siquiera considero necesario desmentirla ante mis ilustres lectores, que sin duda saben perfectamente que sólo las brujas, y no todas, tienen rabo, y que los rabos son más propios del género femenino que del masculino.

A pesar de su gran amistad, estos peculiares amigos no se parecían entre sí. Conoceremos mejor sus caracteres comparándolos: Iván Ivanovich tiene el don extraordinario de expresarse de una manera muy agradable. ¡Dios mío, qué bien habla! La sensación de escucharle se parece a cuando a uno le buscan algo entre el pelo o le pasan suavemente un dedo por la planta de los pies. Escuchas y escuchas hasta que empiezas a dar cabezadas. ¡Agradable, agradabilísimo es escucharle! Igual qué echarse una siesta después de nadar. Iván Nikiforovich, por el contrario, suele guardar silencio la mayor parte del tiempo, pero si suelta una frase, agárrate, que te va a dejar más suave que el mejor afeitado. Iván Ivanovich es alto y delgado; Iván Nikiforovich es un poco más bajo pero más gordo. La cabeza de Iván Ivanovich se asemeja a un rábano con las hojas para abajo, la de Iván Nikiforovich a un rábano con las hojas para arriba. Sólo después de comer sale Iván Ivanovich a echarse en su porche vestido con su camisa; por la tarde se pone su *bekesha* y se va alguna parte, bien a la tienda del pueblo, a la que vende harina, o bien a los campos a cazar codornices. Iván Nikiforovich se pasa todo el día tumbado en su porche y si el día no es demasiado caluroso se tumba de espaldas al sol y no sale a ninguna parte. Si le apetece, por la mañana pasea por el patio, inspecciona las tareas de la casa y luego se echa otra vez a descansar.

En los viejos tiempos a veces visitaba a Iván Ivanovich. Éste es un hombre extremadamente educado que nunca utiliza palabras malsonantes en las conversaciones decentes y se ofende si alguien lo hace. Iván Nikiforovich deja escapar de vez en cuando alguna que otra de esas palabras y en esas ocasiones Iván Ivanovich se levanta y dice:

—Ya basta, Iván Nikiforovich, más vale ir a tomar el sol que proferir tales groserías.

Iván Ivanovich monta en cólera si encuentra una mosca en su *borsch*. Entonces se enfurece y tira el plato y al anfitrión le aguardan problemas. Iván Nikiforovich adora bañarse, y cuando está con el agua hasta la barbilla pide que metan en el agua una mesa con un samovar y disfruta bebiéndose su té en medio de ese frescor. Iván Ivanovich se afeita dos veces a la semana, Iván Nikiforovich sólo una. Iván Ivanovich es extremadamente curioso. ¡Dios le libre a uno de empezar a contarle algo y no terminar! Y si algo le disgusta, lo dice inmediatamente; en cambio, es muy difícil averiguar sólo por su expresión si Iván Nikiforovich está contento o enfadado; puede que algo le guste, pero no lo deja traslucir. Iván Ivanovich es un poco pusilánime mientras que Iván Nikiforovich, por el contrario, camina con unos pantalones tan anchos que, si los inflaran, cabría en ellos todo el patio con sus establos y cobertizos. Iván Ivanovich tiene unos bonitos y expresivos ojos de color tabaco y su boca se parece un poco a la letra V; Iván Nikoforovich, unos ojos pequeños y amarillentos que desaparecen por completo entre sus pobladas cejas y rollizas mejillas, y una nariz que parece una ciruela madura. Siempre que invita a rapé, lame primero la tapa de la caja, luego la abre de un capirotazo y, ofreciéndosela a usted, si es usted conocido suyo, le dice:

—¿Sería usted tan amable, mi buen señor, de servirse usted mismo?

Y, si no le conoce a usted, le dirá:

—¿Sería usted tan amable, mi buen señor, sin tener el honor de conocer su rango, nombre y apellido, de servirse usted mismo?

En cambio, Iván Nikiforovich le pasa a uno su botellita de rapé y se limita a decir:

—Sírvase usted.

A Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich les desagradan por igual las pulgas y por eso ninguno de los dos se cruza jamás con un vendedor ambulante judío sin comprarle varios frascos de elixires contra estos insectos, no sin reprenderle antes debidamente por profesar la fe hebrea.

Sin embargo, a pesar de ciertas disparidades, tanto Iván Ivanovich como Iván Nikiforovich son excelentes personas.

II. En el que se trata de lo que quería Iván Ivanovich, de qué versó la conversación entre Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich y de cómo terminó

Una mañana —esto sucedió en el mes de julio—, Iván Ivanovich estaba tendido en su pórtico. Hacía calor y un vientecillo seco movía el aire. Iván Ivanovich ya había tenido tiempo de visitar el caserío, de ver a los segadores en las afueras de la ciudad y de preguntar a todos los *mujiks* y *babas* con los que se había cruzado adónde, de dónde y por qué venían y, ya hecho polvo, se había echado a descansar. Desde allí había pasado un buen rato inspeccionando con la mirada el patio, las despensas, los cobertizos y las gallinas, que corrían por el corral, y pensando: «¡Dios mío, qué buen amo soy! ¿Qué me falta? Aves de corral, cobertizos, establos, tengo de todo; vodka de distintos sabores; peras y ciruelas en el jardín; amapolas, coles y garbanzos en el jardín... ¿Acaso hay algo de lo que carezca? Me gustaría saber qué es lo que no tengo.»

Después de hacerse esta pregunta tan profunda, Iván Ivanovich se quedó pensativo y, mientras, sus ojos vagaron en busca de nuevos objetos, miró más allá de la verja que separaba su patio del de Iván Nikiforovich e involuntariamente se entretuvo contemplando un curioso espectáculo. Una *baba* flaca sacaba ropas guardadas pieza a pieza y las colgaba en la cuerda del tendedero para que se airearan. Pronto, un viejo uniforme de puños gastados lanzó sus mangas al aire y abrazó a una chaqueta de brocado. Tras él apareció otra chaqueta de caballero con botones militares y el cuello raído, y unos pantalones blancos de sarga manchados que en tiempos Iván Nikiforovich se ponía en las piernas y que ahora quizá sólo le cabrían en los dedos. Tras ellos, colgó otros en forma de V invertida. Después vino un *besmet* cosaco azul marino que Iván Nikiforovich se había hecho hacer veinte años atrás cuando quiso unirse a la milicia e incluso llegó a dejarse crecer el bigote. Por último, apareció por fin un espadón parecido a la aguja de un edificio elevándose en el aire. Luego ondearon los faldones de algo parecido a un caftán color musgo con botones de cobre del tamaño de monedas de cinco copecas. Por detrás de los faldones asomó un chaleco con bordados dorados y de pechera muy abierta. Al chaleco pronto lo tapó una vieja falda de la difunta abuela en cuyos bolsillos cabían sandías enteras. El conjunto le pareció a Iván Ivanovich un espectáculo muy entretenido que los rayos del sol, cayendo aquí o allí sobre una manga azul o verde, un puño rojo o parte del brocado, convertían en algo extraordinario, como una de esas escenas de la natividad que los titiriteros ambulantes pasean por los caseríos. Sobre todo cuando la abigarrada multitud contempla al rey Herodes ciñendo su corona de oro o a Antón tirando de su cabra. Tras el teatrillo chirría un violín; un gitano se golpea los labios imitando a un tambor, el sol se pone y el frescor de la noche sureña, hasta entonces agazapado, se acerca cada vez más a los hombros y pechos descubiertos de las rollizas campesinas.

Pronto la anciana emergió de nuevo del cobertizo, esta vez cargando a la espalda una vieja silla de montar con los estribos rotos, unas gastadas cartucheras de piel y una manta de montar que en tiempos fue de un color escarlata muy vivo con brocados dorados y placas de bronce.

—¡Qué mujer más tonta! —pensó Iván Ivanovich—. ¡Si sigue así es capaz de tender al propio Iván Nikiforovich para que se airee!

Y, en efecto, Iván Ivanovich no estaba del todo equivocado. Unos cinco minutos después los bombachos de nanquín de Iván Nikiforovich vinieron a ocupar, ellos solos, casi la mitad del patio. Además, la anciana sacó un sombrero y una escopeta.

«¿Qué significa esto? —pensó Iván Ivanovich—. Nunca he visto una escopeta en casa de Iván Nikiforovich. ¿Qué estará tramando? ¡No va nunca de caza pero tiene una escopeta! ¿Para qué la quiere? ¡Y qué bonita es! Hace tiempo que ando buscando procurarme una igual. Me gustaría mucho tenerla. Me encanta jugar con las escopetas.»

—¡Eh! ¡*Baba, baba!* —gritó Iván Ivanovich, indicándole con el dedo a la mujer que se

acercase.

La anciana se acercó a la valla.

—¿Qué tienes ahí, abuelita?

—Pues lo que ve usted: una escopeta.

—¿Qué clase de escopeta?

—¡Vaya usted a saber qué clase de escopeta es! ¡Puede que si fuera mía lo supiera, pero es del señor!

Iván Ivanovich se levantó y empezó a examinar detenidamente la escopeta por todos lados, olvidándose de regañar a la vieja por haber sacado a airear tanto la escopeta como la espada.

—Supongo que será de hierro —prosiguió la anciana.

—¡Hum! De hierro... ¿Por qué de hierro? —murmuró entre dientes Iván Ivanovich—. ¿Hace mucho que la tiene tu señor?

—Puede que sí.

—Desde luego, es una preciosidad —continuó Iván Ivanovich—. Le voy a pedir que me la regale. ¿De qué le sirve a él? Y si no quiere regalármela, se la cambiaré por alguna otra cosa. Dime, abuelita, ¿está tu señor en casa?

—Sí que está.

—¿Y qué está haciendo? ¿Se ha echado?

—Está echado, sí.

—Muy bien, entonces voy a verle.

Iván Ivanovich se vistió, cogió su vara de endrino por si se cruzaba con algún perro, pues en las calles de Mirgorod uno encontraba más perros que personas, y se marchó.

Aunque el patio de Iván Nikiforovich era contiguo al de Iván Ivanovich y se podía pasar de uno a otro saltando la valla de zarzas y barro que los dividía, Iván Ivanovich prefirió ir por la calle. Desde la calle tuvo que pasar a un callejón tan estrecho que si dos carros, cada uno de ellos tirado por un caballo, se encontrasen en él por casualidad, no podrían pasar uno junto al otro y tendrían que permanecer allí hasta que alguien los remolcase por las ruedas traseras y en direcciones opuestas hacia la calle por la que habían entrado en el callejón. Y los vestidos de los transeúntes que por allí caminaban quedaban invariablemente adornados, como si fueran flores, por los pegajosos abrojos que crecían en las vallas a ambos lados. A este callejón daba, por un lado, el cobertizo de Iván Ivanovich y, por el otro, el granero, portalón y palomar de Iván Nikiforovich.

Iván Ivanovich se acercó al portalón y abrió ruidosamente el cerrojo. Dentro, los perros se pusieron a ladrar, pero la variopinta jauría se calmó y los animales retrocedieron agitando la cola en cuanto comprobaron que se trataba de una cara conocida. Iván Ivanovich atravesó el patio, por el que correteaban una multitud de coloridas palomas indias a las que el propio Iván Nikiforovich solía dar de comer. Se veían también cortezas de sandías y melones, algún que otro parche de hierba, la rueda rota o el aro de un tonel y algún chiquillo sucio jugando tirado en el suelo. En suma, el tipo de estampa que les gusta a los pintores. La sombra de la ropa tendida cubría casi todo el patio, dotándolo de un agradable frescor. La anciana le salió al encuentro, hizo una profunda reverencia y luego se quedó ahí pasmada como una pazguata. En la parte delantera de la casa había un bonito porche con un tejadillo sostenido por dos columnas de roble y que constituía una defensa poco fiable contra el sol, que en esa estación en la Pequeña Rusia no es cosa de broma, pues baña al caminante en sudor de la cabeza a los pies. De ello se deduce cuánto deseaba Iván Ivanovich adquirir la escopeta: le resultaba tan indispensable que había decidido salir a por ella sin demora, abandonando hasta su inveterada costumbre de salir a pasear sólo al atardecer.

La habitación en la que entró estaba totalmente a oscuras, pues tenía los postigos cerrados, y un rayo de sol, que entraba por un agujero en los postigos, pintó un arco iris en la pared, dibujando en ella un colorido paisaje con los tejados de juncos, árboles y la ropa tendida fuera, todo ello invertido y bañado el aposento en una media luz maravillosa.

—Dios le guarde —dijo Iván Ivanovich.

—¡Ah! ¡Buenos días, Iván Ivanovich! —contestó una voz desde un rincón de la habitación. Sólo entonces se dio cuenta Iván Ivanovich de que Iván Nikiforovich estaba allí, tendido sobre una alfombra extendida en el suelo—. Discúlpeme si me presento ante usted al natural.

Iván Nikiforovich estaba echado y desnudo; no llevaba ni siquiera una camisa.

—No se preocupe. ¿Ha dormido usted bien esta noche, Iván Nikiforovich?

—Muy bien, sí. ¿Y usted, Iván Ivanovich, ha descansado bien?

—Sí, he descansado muy bien.

—¿Se ha levantado usted ahora?

—¿Si me he levantado ahora? ¡Válgame Dios, Iván Nikiforovich! ¿Cómo iba nadie a dormir hasta tan tarde? Acabo de regresar de mis campos. ¡La cosecha de trigo se promete muy buena! ¡Está magnífico! ¡Y el heno está muy crecido, suave y espléndido!

—¡Gorpina! —gritó Iván Nikiforovich—. ¡Trae a Iván vodka y pasteles de crema!

—Qué buen tiempo hace hoy.

—No elogie el clima, Iván Ivanovich. ¡Qué se vaya al diablo este tiempo! ¡Con este calor no sabe uno dónde meterse!

—Tenía usted que mentar al diablo. ¡Ah, Iván Nikiforovich! Se acordará usted de lo que le digo cuando sea ya demasiado tarde. En el otro mundo le castigarán por su lenguaje impío.

—¿Acaso le he ofendido, Iván Ivanovich? No he hablado ni de su padre ni de su madre. No sé en qué he podido ofenderle.

—¡Basta, basta, Iván Nikiforovich!

—¡Por Dios, que yo a usted no le he ofendido, Iván Ivanovich!

—¡Qué extraño que las codornices sigan sin acudir al reclamo!

—Diga usted lo que quiera y piense lo que se le antoje, pero yo no le he ofendido en modo alguno.

—De verdad que no sé por qué no acuden —dijo Iván Ivanovich como si no hubiera oído a Iván Nikiforovich—. Quizá no haya llegado todavía la temporada de perdices, pero es que me parece que es precisamente tiempo de que lleguen.

—¿Dice que el trigo tiene buena pinta?

—Magnífica. Una pinta magnífica.

Después de estas palabras se produjo un silencio.

—¿Y qué es eso de tender toda esa ropa, Iván Nikiforovich? —preguntó por fin Iván Ivanovich.

—¿Ropa? Ah, sí, una ropa excelente, casi nueva. Esa maldita anciana casi deja que se pudra. Ahora la he mandado airear. El tejido es muy bueno, de calidad. No hay más que volverlo del revés y uno se lo puede volver a poner.

—Hay una cosilla que me gustó especialmente, Iván Nikiforovich...

—¿Cuál?

—Dígame, si no es molestia, para qué necesita usted la escopeta que la anciana sacó a airear junto con la ropa. —Y mientras hablaba Iván Ivanovich le ofreció al otro Iván algo de tabaco en polvo—. ¿Sería tan amable de servirse usted mismo?

—No se preocupe, sírvase usted, yo tomaré del mío —dijo Iván Nikiforovich palpándose los bolsillos y sacando su tabaquera—. ¡Qué estúpida es esa mujer! ¿Así que sacó también la escopeta...? Este judío de Sorochintsy hace un rapé fantástico. No sé qué le pone, pero el resultado es que huele muy bien. Más que tabaco, parecen hierbas aromáticas. Tome usted un poco y mástíquelo. ¿No le parece que sabe a hierbas aromáticas? Tome un poco, sírvase usted mismo, por favor.

—Pero volviendo al tema de la escopeta, dígame, Iván Nikiforovich, por favor, ¿qué va a hacer usted con ella? Seguro que no piensa utilizarla usted.

—¿Cómo que no la voy a utilizar? ¿Y si quiero ir a cazar un poco?

—Pero ¡Dios mío, Iván Nikiforovich! ¿Cuándo va ir usted a cazar? Igual tiene pensado usted hacerlo después de la Segunda Venida de Cristo. Por lo que yo sé y lo que he oído, nadie recuerda haberle visto disparar ni siquiera a un pato. Y, además, la constitución que el Señor le ha dado a usted no es la adecuada para cazar. Su figura y su porte son impresionantes. ¿Cómo iba usted a arrastrarse por los pantanos cuando su ropa, a la que uno no siempre se puede referir por su nombre en una conversación decente, está aireándose en el patio? ¿Qué iba a hacer entonces? No. Lo que usted necesita es tranquilidad y descanso. —Iván Ivanovich, como hemos dicho anteriormente, sabía ser extremadamente elocuente cuando quería convencer a alguien. ¡Cómo hablaba! ¡Dios mío, como hablaba!—. Sí... usted necesita actividades con las que su carácter congenie. ¡Escúcheme, deme a mí esa escopeta!

—¿Cómo voy a hacer eso! ¡Esa escopeta vale mucho dinero! Ahora ya no se encuentran escopetas como ésa en ninguna parte. Se la compré a un turco cuando todavía pensaba alistarme en la milicia. ¿Y ahora tengo que regalársela sin más ni más? ¡Imposible! Esa escopeta es indispensable.

—¿Y para qué es indispensable?

—¿Cómo que para qué? ¿Y si me entran ladrones en casa? Por supuesto que me resulta indispensable. Gracias a Dios, ahora estoy tranquilo y no temo a nadie. Y todo ¿por qué? ¡Porque sé que tengo una buena escopeta en el trastero!

—¡Una escopeta buena de verdad! Pero, Iván Nikiforovich, fíjese, ¡tiene el seguro roto!

—¿Y qué más da que esté roto? ¡Se puede arreglar! Con meterla en aceite de alpiste para que no se oxide será más que suficiente.

—De sus palabras, Iván Nikiforovich, puedo colegir que no me profesa usted ni la menor amistad. No quiere usted hacer nada por mí como un amigo de verdad querría hacerlo por otro.

—¿Cómo puede usted decir esas cosas, Iván Ivanovich? ¿No le da vergüenza? Sus bueyes pastan en mi estepa y yo nunca los he echado... Cuando usted va a Poltava me pide siempre que le preste mi carruaje y ¿acaso se lo he negado alguna vez? Sus niños saltan por la cerca a mi patio y juegan con mis perros y yo no les digo nada: ¡que jueguen y se diviertan mientras no rompan nada! ¡Que jueguen, digo!

—Si no quiere regalármela puede que tal vez pueda cambiársela por alguna otra cosa.

—¿Y qué me ofrecería usted por ella? —al decir esto Iván Nikiforovich se apoyó sobre un brazo y miró a Iván Ivanovich.

—Le daría por ella la cerda parda, la que he cebado en el corral. ¡Es una cerda muy buena! Ya verá que el año que viene le da lechoncitos.

—No sé cómo puede decir usted eso, Iván Ivanovich. ¿Para qué quiero yo su cerda? ¿Para celebrar un banquete fúnebre en memoria del diablo?

—¡Otra vez! ¡No puede usted estar dos segundos sin hablar del diablo! ¡Iván Nikiforovich, es un pecado cómo usted habla, por Dios, un pecado!

—Pero, en serio, Iván Ivanovich ¿cómo puede andar usted ofreciendo el diablo sabe qué por una escopeta? ¡Una cerda...!

—¿Y por qué dice usted eso de «el diablo sabe qué», Iván Nikiforovich?

—¿Qué voy a decir? Juzgue usted mismo: por un lado tenemos una escopeta, una cosa segura y conocida; por el otro, el diablo sabe qué: ¡una cerda! Si no fuera usted quien me habla así, podría ofenderme.

—Pero ¿qué hay de malo en una cerda?

—¿Habrase visto? Pero ¿usted por quién me toma? Se figura que esa cerda...

—¡Siéntese, siéntese! No voy a continuar. ¡Quédese usted con su escopeta! ¡Que se pudra y se oxide muerta de risa en un rincón de su trastero! ¡No quiero volver a oír hablar de ella!

A eso siguió un silencio.

—Dicen —empezó Iván Ivanovich— que tres reyes han declarado la guerra a nuestro zar.

—Sí, eso me dijo Pyotr Fyodorovich. ¿Qué guerra es esa? ¿Y por qué ha empezado?

—Es imposible saber a ciencia cierta cómo empezó, Iván Nikiforich. Supongo que esos tres reyes quieren que abracemos la religión de los turcos.

—¡Tienen que ser muy bobos para pretender tal cosa! —dijo Iván Nikiforovich levantando la cabeza.

—Se conoce que por eso les ha declarado la guerra nuestro zar. ¡No, dice él, mejor abrazad vosotros la fe cristiana!

—¿Y qué? ¡Seguro que los nuestros vencerán, Iván Ivanovich!

—Seguro que sí. Y entonces qué, Iván Nikiforovich, ¿no quiere usted cambiarme la escopeta?

—Qué extraño es esto, Iván Ivanovich: ¡Usted es una persona cuya inteligencia todos reconocen y, sin embargo, habla como un zoquete! ¿Me toma usted por tonto?

—Siéntese, siéntese. ¡Quédese con Dios! ¡Qué se pudra la escopeta, no voy a decir una palabra más sobre ella!

Justo entonces les trajeron algo para comer. Iván Ivanovich bebió una copa y comió un poco de pastel con crema agridulce.

—Escúcheme, Iván Nikiforovich. Además de la cerda, le daré dos sacos de avena, ya que, como este año usted no sembró avena, tendrá que comprarla.

—Por el amor de Dios, Iván Ivanovich, que hay que haber comido muchos garbanzos para hablar con usted. —Esto no era nada. Iván Nikiforovich era capaz de improvisar frases todavía mejores—. ¿Dónde se ha visto que se cambie una escopeta por dos sacos de avena? ¡Lo que seguro que no me ofrece es su *bekesha*!

—Pero ha olvidado usted, Iván Nikiforovich, que además le ofrezco la cerda.

—¡Cómo! ¡Dos sacos de avena y una cerda por la escopeta!

—¿Le parece poco?

—¡Por una escopeta!

—¡Pues claro que por una escopeta!

—¡Dos sacos por una escopeta!

—¡Que no son dos sacos vacíos, sino llenos de avena! ¡Y se olvida usted otra vez de la cerda!

—¡Vaya usted y dele un beso a su cerda, si tanto la quiere! ¡Y, si no, dele un beso al diablo!

—¡Oh, no se puede hablar con usted! Ya verá como en el otro mundo le van a pinchar la lengua con agujas ardiendo por sus sacrilegios. Después de conversar con usted hay que lavarse la cara y las manos y purificarse con incienso.

—¡Le ruego que me perdone, Iván Ivanovich, pero una escopeta es un objeto noble, un entretenimiento de lo más curioso y un adorno ideal para cualquier habitación, y además...!

—¡Hay que ver, está usted con la escopeta como un tonto con su caramelo! —dijo Iván Ivanovich con irritación porque, en efecto, estaba empezando a enfadarse.

—¡Y usted, Iván Ivanovich, es un auténtico ganso!

Si Iván Nikiforovich no hubiera pronunciado esas palabras, hubieran discutido un poco más y luego se hubieran separado como amigos, igual que en otras ocasiones, pero en esta ocasión sucedió algo totalmente distinto. Iván Ivanovich montó en cólera.

—¿Qué ha dicho usted, Iván Nikiforovich? —preguntó, levantando la voz.

—¡He dicho que se parece usted a un ganso, Iván Ivanovich!

—¿Con qué derecho se atreve usted, olvidando la decencia y el respeto por el nombre y rango de un hombre, a deshonrarlo calificándolo con un término tan vergonzoso?

—¿Y qué tiene de vergonzoso? ¿Por qué diantre mueve los brazos como aspas de molino, Iván Ivanovich?

—Le repito que ha faltado a toda decencia al llamarme ganso.

—¡Me importa un comino, Iván Ivanovich! ¿Por qué cacarea usted tanto?

Iván Ivanovich no pudo contenerse más: le temblaban los labios, su boca había abandonado su habitual forma de V y se había convertido en una O, y guiñaba los ojos de una forma espantosa. Para que le sucediese todo esto, Iván Ivanovich tenía que estar muy enfadado.

—¡Entonces le comunico —dijo Iván Ivanovich— que no quiero tener más tratos con usted!

—¡Uy, qué pena me da! ¡Por Dios que no voy a llorar por eso! —contestó Iván Nikiforovich. Mentía, estaba mintiendo, pues por Dios que todo aquel embrollo le causaba gran disgusto.

—No volveré a poner los pies en el umbral de su casa.

—¡Ya, ya! —dijo Iván Nikiforovich, demasiado enfadado como para saber qué hacer y, en contra de lo que acostumbraba, poniéndose en pie—. ¡Eh! ¡Anciana! ¡Muchacho! —Al oír estas palabras aparecieron de detrás de la puerta la misma mujer flaca y un chaval más bien bajito enredado en una larga y ancha levita—. ¡Coged por los brazos a Iván Ivanovich y sacadlo de mi casa!

—¡Cómo! ¿Así se trata en esta casa a un caballero? —gritó Iván Ivanovich indignado y furioso—. ¡Atrevedos! ¡Vamos! ¡Os haré picadillo a vosotros y a vuestro estúpido señor! ¡Ni los cuervos van a encontrar vuestros restos! —La voz de Iván Ivanovich adquiría una potencia extraordinaria cuando su alma sufría.

El grupo en conjunto presentaba un cuadro sobrecogedor: Iván Nikiforovich de pie en el centro de la habitación en el apogeo de su belleza sin adornos. La anciana, con la boca abierta y expresión de terror y estupidez. Iván Ivanovich, con el brazo en alto al modo de un tribuno romano. ¡Era un instante extraordinario! ¡Un espectáculo magnífico! Y, sin embargo, sólo había un espectador: el chiquillo envuelto en la enorme levita, que lo contemplaba tan tranquilo, limpiándose la nariz con un dedo.

Por fin, Iván Ivanovich recogió su gorro.

—¡Se ha comportado usted de forma ejemplar, Iván Nikiforovich! ¡Espléndida! No se crea que me olvidaré de esto.

—¡Váyase, Iván Ivanovich, haga el favor! ¡Y ándese con cuidado de no cruzarse conmigo, o se llevará usted un puñetazo en las narices!

—¡Esto para usted, Iván Nikiforovich! —replicó Iván Ivanovich haciendo un gesto obscuro, y luego cerró la puerta tras él con tanta fuerza que ésta rebotó y se abrió de nuevo con un chirrido.

Iván Nikiforovich se asomó a ella para añadir algo, pero Iván Ivanovich se marchó volando del patio sin volver la vista atrás.

III. De lo que sucedió después de la pelea entre Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich

Y así fue como estos dos hombres respetados, honor y orgullo de Mirgorod, discutieron. ¿Y sobre qué? Sobre una tontería: por un ganso. No quisieron verse, cortaron todos los lazos que les unían a pesar de que antes habían sido célebres por ser los amigos más inseparables. En tiempos, cada día enviaban a alguien a casa del otro a preguntar cómo estaba y a menudo hablaban entre ellos desde sus respectivos balcones y eran tan gentiles el uno con el otro que el corazón se alegraba escuchándolos. Los domingos, Iván Ivanovich en su gruesa *bekesha* de lana e Iván Nikiforovich en una casaca de nanquín de color marrón algo amarillento, iban a la iglesia casi cogidos del brazo. Y si Iván Ivanovich, que tenía una vista extremadamente aguda, era el primero en ver un charco o cualquier otra inmundicia que hubiera en la calle —que a veces en Mirgorod las hay—, siempre le decía a Iván Nikiforovich:

—¡Cuidado, no ponga el pie ahí, que es muy mal sitio!

Iván Nikiforovich, por su parte, daba también las muestras de amistad más conmovedoras, y dondequiera que se encontrase con Iván Ivanovich siempre le ofrecía su botellita de tabaco y le decía:

—¡Sírvase usted mismo!

¡Y qué haciendas tan magníficas las de ambos! Y que estos dos amigos... ¡Cuando me enteré me quedé como si me hubiera caído un rayo! Durante mucho tiempo me negué a creerlo: ¡Por Dios! ¡Iván Ivanovich se ha peleado con Iván Nikiforovich! ¡Una gente tan respetable! ¿Es que no queda nada perdurable en este mundo?

Cuando Iván Ivanovich llegó a su casa estaba muy alterado. Por lo general, se pasaba primero por la cuadra para ver si su pequeña yegua se había comido su heno —Iván Ivanovich tiene una yegua gris con una mancha en la frente, ¡una yegua muy bonita!—, tras ello aumentaba a los pavos y a los cerdos con sus propias manos y no entraba hasta que había acabado, donde o bien se entretenía fabricando utensilios de madera —sabía muy bien cómo tallar la madera con habilidad, tan bien como un tallista— o leía un libro impreso por Lubiy, Gariy y Popov ^[2]—Iván Ivanovich no lograba recordar el título porque la sierva había arrancado la parte de arriba de la página del título hacía mucho tiempo mientras jugaba con el bebé— o se echaba a dormir bajo el pórtico. Pero esta vez no se dedicó a ninguno de sus quehaceres habituales, sino que al cruzarse con Gapka la empezó a reñir por estar sin hacer nada, a pesar de que, de hecho, estaba llevando grano a la cocina; le tiró su vara al gallo, que había acudido al porche en busca de su acostumbrado condumio, y cuando un chiquillo sucio y vestido con una camisa rota se le acercó corriendo y le gritó: «¡Padrecito, padrecito... dame un bollo!», le amenazó pataleando tan terriblemente que el niño corrió a esconderse Dios sabe dónde.

Al poco recobró el buen juicio y se ocupó con sus asuntos de costumbre. Comió tarde y ya anochece cuando se echó a descansar en el porche. El sabroso *borsch* con pichones que le había preparado Gapka había ahuyentado el recuerdo del incidente de la mañana. De nuevo, Iván Ivanovich paseó la vista por su hacienda complacido. Al fin sus ojos se posaron en el patio del vecino y se dijo a sí mismo: «Hoy no he ido a casa de Iván Nikiforovich. Iré a hacerle una visita.» Y, dicho esto, se puso su gorro, recogió su vara y salió afuera, pero tan pronto como salió por la puerta recordó la pelea, escupió y se volvió adentro. Prácticamente lo mismo había sucedido en el patio de Iván Nikiforovich. Iván Ivanovich vio como la *baba* ya había puesto pie en la valla para saltar a su patio cuando, de repente, tronó la voz de Iván Nikiforovich: «¡Vuelve aquí inmediatamente! ¡Déjalo!» Sin embargo, Iván Ivanovich se aburría terriblemente. Y hubiera sido muy posible que estos dos hombres tan respetables hicieran las paces tan pronto como al día

siguiente de no haberse producido cierto incidente en casa de Iván Nikiforovich que acabó con toda esperanza de reconciliación y echó leña al fuego de esa enemistad cuando ya parecía lista para apagarse.

El mismo día al anochecer, Agafya Fedoseevna visitó a Iván Nikiforovich. Agafya Fedoseevna no era pariente ni cuñada, ni siquiera comadre de Iván Nikiforovich. No tenía ningún motivo para presentarse allí y el propio Iván Nikiforovich no estaba demasiado contento de verla. Sin embargo, a veces llegaba a la casa sin previo aviso y se pasaba semanas en ella y en ocasiones incluso más. Cuando eso sucedía, se adueñaba de todas las llaves y se hacía con el control de todos los asuntos domésticos. Eso desagradaba mucho a Iván Nikiforovich que, sin embargo, se sorprendía escuchándola y obedeciéndola como un niño y, a pesar de que algunas veces intentaba discutir con ella, Agafya Fedoseevna le dominaba siempre.

Confieso que no comprendo por qué las cosas son así: las mujeres nos agarran por la nariz tan fácilmente como si sostuvieran una tetera por el asa. O bien sus manos están hechas a ello o nuestras narices no valen ya para nada. Aunque la nariz de Iván Nikiforovich se parecía a una ciruela, ella le cogía por ahí y hacía que la siguiera como si fuera un perrito. Cuando Agafya estaba presente, Iván cambiaba, sin darse cuenta, sus costumbres: no pasaba tanto tiempo tumbado al sol y, si se tumbaba, lo hacía vestido con una camisa y unos pantalones anchos,^[3] aunque Agafya Fedoseevna no se lo exigía en absoluto. Ella no era partidaria de muchas ceremonias, y cuando Iván Nikiforovich tuvo fiebre, fue ella con sus propias manos la que le frotó de pies a cabeza con aguarrás y vinagre. Agafya tenía tres verrugas en la nariz, llevaba una cofia sobre la cabeza y vestía una bata de color café con flores amarillas. Su cuerpo parecía un barril y era tan difícil distinguir su cadera como verse la nariz sin la ayuda de un espejo. Tenía unas piernecitas cortas que parecían dos cojines. Era muy cotilla, comía remolacha por las mañanas y dominaba el arte del lenguaje soez, pero durante estas diversas ocupaciones mantenía siempre la misma expresión en el rostro, algo que sólo las mujeres son capaces de hacer. Tan pronto llegó, todo fue a peor.

—No hagas las paces con él, Iván Nikiforovich, y tampoco te disculpes: ¡quiere tu ruina! ¡Así es él! ¡Tú no sabes cómo es de verdad!

Y la condenada mujer, a base de murmurar al oído de Iván Nikiforovich, consiguió que éste no quisiera ni oír hablar de Iván Ivanovich.

Ahora todo parecía distinto: si el perro del vecino entraba por casualidad en el patio, lo golpeaban con lo primero que encontraban; los niños que saltaban la valla regresaban llorando, con las camisas levantadas y señales de azotes en el trasero. Incluso la propia mujer, cuando Iván Ivanovich le preguntó algo, le hizo un gesto tan grosero que Iván Ivanovich, que era un hombre delicado, escupió y se limitó a decir:

—¡Qué asquerosa! ¡Es peor que su señor!

Por último, para colmo de todos los insultos, el odiado vecino construyó un corral para gansos directamente frente a él, en el punto donde solían saltar la cerca, como para hurgar adrede en la ofensa. Ese corral, que a Iván Ivanovich le parecía repugnante, se construyó con diabólica rapidez en un solo día.

Este proceder despertó en Iván Ivanovich ira y sed de venganza. No dio, sin embargo, señal alguna de su irritación, a pesar de que el corral invadía parte de su terreno, pero el corazón le latía tan fuerte que le resultaba extremadamente difícil mantener un aspecto calmado.

Así transcurrió el día. Cuando llegó la noche... ¡Oh! ¡Si fuera yo pintor sabría expresar maravillosamente todo el encanto de la noche! ¡Retrataría cómo Mirgorod entero duerme; cómo incontables estrellas lo contemplan inmóviles; cómo en el silencio casi visible resuenan los ladridos de perros lejanos y cercanos; cómo por delante de ellos camina de prisa el sacristán enamorado y atraviesa la cerca con caballeresca valentía; cómo al bañarlos la luz de la luna los blancos muros de las casas se tornan más blancos todavía y los árboles más negros y la sombra de los árboles cae más oscura sobre el suelo, y las flores y la hierba adormecida más fragantes y los grillos, esos

incansables hidalgos de la noche, al unísono chirrían con sus cánticos desde todos los rincones! Hubiera explicado cómo, en una de esas casitas de arcilla, una mujer morena con el pecho joven y palpitante se revuelve en su solitaria cama soñando con el bigote de un húsar mientras la luz de la luna ríe en sus mejillas. Hubiera expresado cómo la negra sombra de un murciélago pasa rauda sobre el camino blanco y se aposenta en las chimeneas también blancas de las casas... Pero difícilmente hubiera sido capaz de expresar cómo salió de su casa aquella noche Iván Ivanovich, sierra en mano. ¡Cuántas emociones distintas estaban escritas en su rostro!

Sigilosa y lentamente se acercó al corral de los gansos. Los perros de Iván Nikiforovich nada sabían de la pelea entre ellos y, como era un viejo amigo, le permitieron acercarse al corral, que se sostenía sobre cuatro postes de roble. Se deslizó hacia el poste más cercano, puso la sierra contra la madera y empezó a serrar. El ruido de la herramienta le hacía volver la vista atrás cada dos por tres, pero el recuerdo de la ofensa que había recibido le devolvía el valor. Serró el primer poste y empezó con el segundo. Le ardían los ojos y el miedo no le permitía ver. De repente, Iván Ivanovich lanzó un grito y se quedó petrificado: un muerto se había aparecido ante él. Pero se recuperó pronto, al comprender que sólo se trataba de un ganso que había alargado el cuello hacia él. Iván Ivanovich escupió indignado y reemprendió su tarea. El segundo poste cayó también. El corral se tambaleó. Cuando la emprendió con el tercer poste, el corazón de Iván Ivanovich latía tan violentamente que su dueño tuvo que detenerse varias veces para sosegarse. Cuando llevaba serrada un poco más de la mitad del poste, la inestable construcción empezó a tambalearse de súbito... Iván Ivanovich a duras penas tuvo tiempo de apartarse de un salto cuando el corral se derrumbó con estrépito. Cogió su sierra y, muerto de miedo, se fue corriendo a su casa y se metió en la cama, incapaz hasta de mirar por la ventana para ver las consecuencias de su espantosa hazaña. Imaginó que todos los que vivían en la casa de Iván Nikiforovich habrían salido al patio —la anciana, Iván Nikiforovich, el chiquillo con la inmensa levita— y que todos, con Agafya Fedoseevna a la cabeza y armados con garrotes, se disponían a devastar y destruir su casa.

Todo el día siguiente Iván Ivanovich lo pasó como presa de una fiebre. Imaginaba a cada instante que su vecino, para vengarse, como mínimo le prendería fuego a su casa, por lo que ordenó a Gapka que se mantuviera atenta en todo momento por si echaban paja seca por alguna parte. Por último, para adelantarse a Iván Nikiforovich, decidió correr como una liebre a presentar una denuncia contra él en el juzgado de Mirgorod. En qué consistía el contenido de dicha denuncia se verá en el capítulo siguiente.

IV. De lo que sucedió en la sala del juzgado de Mirgorod

¡Qué maravilla es Mirgorod! ¡Qué edificios tiene! ¡Da lo mismo que tengan el tejado de paja, de tejas o de madera! A la derecha una calle, a la izquierda otra, excelentes cercas por todos lados sobre las que serpentea la hiedra y se cuelgan los pucheros, y tras las cuales asoman sus rubicundas cabezas los girasoles, las amapolas lucen su rojo y a cada tanto se ve una lozana calabaza.

¡Qué magnificencia! Todas las cercas de adobe están adornadas con objetos que las hacen más pintorescas: un delantal tendido, una camisa o unos bombachos. En Mirgorod no hay ni ladrones ni pillos y por eso todo el mundo cuelga lo que le parece. Si usted se acerca a la plaza, asegúrese de detenerse un momento a admirar la vista. En medio de ella hay un charco ¡un charco extraordinario! ¡Un charco como no verá usted otro igual! Ocupa casi toda la plaza. ¡Un charco precioso! Las casas y casitas, que de lejos uno pudiera tomar por gavillas de heno, lo rodean asombradas de su hermosura.

Pero yo creo que la casa más bonita que hay en la ciudad es la del juzgado. No es asunto mío si está construida con madera de roble o de álamo, pero ¡tiene ocho ventanas, mis queridos señores! Ocho ventanas puestas en fila, que miran directamente a la plaza y dan a esa extensión de agua de la que ya les he hablado y que el comisario de policía llama lago. Es la única pintada del color del granito: todas las demás están simplemente enjabelgadas. El tejado es de madera y lo habrían pintado de rojo si el aceite preparado a tal efecto no se lo hubieran comido con cebolla, y además en tiempo de Cuaresma. Así que el tejado se quedó sin pintar. El porche del edificio se abre a la plaza y las gallinas corretean por sus escaleras, pues sobre ellas siempre hay cereales esparcidos o algún comestible, aunque no a propósito, sino por el descuido de los visitantes. Está dividida en dos partes iguales: en una se encuentran las salas y, en la otra, la cárcel. En la parte de las salas hay dos salas limpias y enjabelgadas: una, la antesala, es para recibir a los peticionarios; en la otra hay un escritorio adornado con manchas de tinta. Sobre ésta hay un *sertzalo*.^[4] Había también cuatro sillas de roble de respaldo alto y, pegados a las paredes, baúles reforzados con hierro que contenían montones de quejas y calumnias locales.

Sobre uno de estos baúles descansaba aquel día una bota recién abrillantada. La sala estaba abierta desde buena mañana. El juez, un hombre bastante gordo, aunque no tanto como Iván Nikiforovich, con un semblante bondadoso, vestido con una bata grasienta, y que sostenía una pipa y una taza de té, hablaba con el alguacil. El juez tenía los labios muy cerca de la nariz, de modo que podía olerse el labio superior tanto como le placiera. Este labio le servía de tabaquera, pues la picadura de tabaco destinada a su nariz siempre se quedaba esparcida sobre él. Así pues, como decíamos, el juez estaba hablando con el alguacil. A un lado, una joven descalza sostenía una bandeja con tazas.

En un extremo de la mesa, el secretario leía la sentencia de un caso, pero con una voz tan monacorde y lastimera que el mismo acusado se hubiera quedado dormido al escucharla. Sin duda el juez se habría dormido el primero si no fuera porque mientras tanto se había enfrascado en una entretenida conversación.

—Me propuse descubrir —dijo el juez, sorbiendo el té ya frío de su taza— cómo consiguen cantar tan bien. Hace un par de años tuve un mirlo muy hermoso, pero ¿qué cree usted? De repente se estropeó del todo. Empezó a cantar Dios sabe qué y, con el tiempo, fue a peor. Se puso ronco, gutural, como para tirarlo a la basura. ¡Y todo por una nadería! Verá usted por qué sucede: bajo su gargantita les sale un bultito, más pequeño que un guisante. Pues bien, basta con pinchar ése bultito con una aguja. A mí me enseñó a hacerlo Zakhar Prokofievich y si quiere usted le contaré cómo fue: había ido a verlo...

—¿Quiere que lea otra, Demian Demianovich? —interrumpió el secretario, que había terminado la lectura de la sentencia hacía ya unos minutos.

—¿Ya la ha leído toda? ¡Qué rápido ha ido usted! ¡No he oído nada! ¿Dónde está? ¡Tráigala aquí para que la firme! ¿Qué más hay hoy?

—El caso del cosaco Bokitko sobre la vaca robada.

—¡Muy bien! Lea, léala usted... Así que fui a verlo a su casa... Hasta le podría detallar con qué me obsequió. ¡Con el vodka sirvió un salmón ahumado delicioso! ¡Auténtico *balyk* ^[5] no como el nuestro —al decir esto el juez chasqueó la lengua y sonrió, y con la nariz esnifó de su habitual tabaquera— que se vende la tienda de Mirgorod. Los arenques no los probé porque, como usted sabe, me dan ardor de estómago. Lo que sí probé fue el caviar ¡Y qué caviar más maravilloso era! ¡Un caviar excelente! Luego bebí un poco de vodka de melocotón salpicado con una pizca de centaura. También había vodka de azafrán pero, como usted sabe, yo no bebo vodka de azafrán. Ya ve usted, es muy agradable despertar primero el apetito, según se dice, y luego terminar... ¡Ah!... Pero ¿qué ven mis ojos? ¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó de repente el juez al ver a Iván Ivanovich, que entraba en ese mismo momento.

—¡Dios les guarde! Muy buenos días a todos —dijo Iván Ivanovich saludando a todo el mundo del modo agradable que era característico de él. ¡Dios mío, cómo sabe ganarse a todo el mundo con su trato! No he visto en ninguna parte tanto refinamiento. Era perfectamente consciente de su valía y, por tanto, consideraba la estimación general como algo que le era debido. El mismo juez le ofreció a Iván Ivanovich una silla y su nariz aspiró de su labio superior todo el tabaco, lo que en él era siempre un signo de gran satisfacción.

—¿Qué podemos ofrecerle, Iván Ivanovich? —preguntó—. ¿Le apetece una taza de té?

—No, muchísimas gracias —contestó Iván Ivanovich, haciendo una pequeña reverencia antes de sentarse.

—Por favor, sólo una tacita... —repitió el juez.

—No, se lo agradezco. Es usted muy hospitalario —contestó Iván Ivanovich, haciendo una reverencia y sentándose.

—Sólo una tacita —repitió el juez.

—No, no se moleste, de verdad, Demian Demianovich.

Con eso, Iván Ivanovich hizo una reverencia y se sentó.

—¿Ni una tacita?

—Bueno, bueno... Si acaso una tacita solamente —dijo Iván Ivanovich, alargando la mano hacia la bandeja.

¡Santo Dios! ¡Qué infinitamente dignos son algunos! ¡Es imposible describir la agradable impresión que ello produce!

—¿Le apetecería otra tacita?

—Se lo agradezco mucho —contestó Iván Ivanovich, colocando la taza boca abajo en la bandeja, negándose y haciendo una reverencia con la cabeza.

—Sea usted tan amable de tomar otra taza, Iván Ivanovich.

—No puedo, muchísimas gracias —dijo Iván Ivanovich con otra reverencia y sentándose de nuevo.

—¡Iván Ivanovich, por nuestra amistad! ¡Una tacita!

—No, aunque se lo agradezco mucho.

Habiendo dicho esto, Iván Ivanovich hizo una reverencia y se sentó.

¡Maldita sea! ¡De qué manera saben algunos mantener su dignidad, cómo son capaces de conservarla!

—Demian Demianovich —dijo Iván Ivanovich tras beber el último sorbo de té—, he venido a verle por un asunto importante para mí. Vengo a presentar una denuncia. —Y, diciendo esto, Iván Ivanovich dejó la taza y se sacó del bolsillo una hoja escrita en papel de instancia en cuyo título se

leía: «Denuncia contra un enemigo. Contra mi peor enemigo.»

—¿A qué enemigo se refiere?

—A Iván Nikiforovich Dovgochkhun.

Al oír estas palabras, el juez casi se cayó de la silla.

—Pero ¿qué dice usted? —exclamó, entrelazando las manos.— Iván Ivanovich, ¿es realmente usted?

—Ya ve usted perfectamente que soy yo.

—¡Por Dios y por todos los santos! ¡No doy crédito a lo que oigo! ¿Usted, Iván Ivanovich, enemigo de Iván Nikiforovich? ¿Es eso lo que han pronunciado sus labios? ¡Repítalo otra vez! ¡Debe de haber alguien escondido detrás de usted que le suplanta e imita su voz!

—Pero ¿por qué resulta tan incomprensible? Me ha afrentado con una ofensa mortal, ha mancillado mi honor y no puedo soportar ni siquiera verlo.

—¡Válgame la Santísima Trinidad! ¿Cómo le voy a explicar yo esto a mi madre? ¡No me creerá! La pobrecita cada vez que me peleo con mi hermana me dice: «Hijos míos, vivís como perro y gato. ¿Por qué no hacéis como Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich? ¡Ésos sí que son dos verdaderos amigos! ¡Y qué amigos! ¡Son dos bellísimas personas!» ¡Pues vaya con el par de amigos! Cuénteme, ¿cómo ha pasado? ¿por qué?

—¡Es un asunto delicado, Demian Demianovich! No puedo explicarlo a la ligera. Mejor ordene que se lea mi denuncia. Aquí está, tómela de este lado, que es el correcto.

—Lea usted, Taras Tikhonovich —dijo el juez volviéndose hacia el secretario.

Taras Tikhonovich tomó la denuncia, se sonó la nariz con dos dedos como suelen sonarse todos los secretarios de juzgado, y empezó a leer:

—«Denuncia presentada por Iván Ivanovich-Pererepenko, caballero de la región de Mirgorov y propietario de tierras sobre los siguientes puntos:

«Primero: Iván Nikiforovich Dovgochkhun, conocido en todo el mundo por sus actos inicuos, repugnantes y desvergonzadamente ilegales, el 7 de julio del año 1810, cometió contra mí una ofensa mortal, dirigida contra mi honor, contra mi rango y contra mi nombre. Dicho caballero, hombre de aspecto abominable, posee además un carácter irascible y se expresa con un lenguaje grosero e insultante...»

Aquí el secretario se detuvo un instante para sonarse de nuevo, mientras el juez juntaba las manos en actitud deferente y se limitaba a murmurar entre dientes: «¡Qué pluma más hábil! ¡Señor! ¡Qué bien escribe este hombre!»

Iván Ivanovich pidió que se continuara con la lectura del documento y Taras Tikhonovich prosiguió.

—«Dicho caballero, Iván Nikiforovich Dovgochkhun, al llegarme yo a su casa con una amistosa proposición, me atribuyó un calificativo ofensivo para mi honor. El nombre con el que fui calificado fue «ganso», aunque es conocido en toda la región de Mirgorod que nunca he sido designado con el nombre de ese abominable animal ni tengo intención de serlo jamás. Y buena prueba de mi noble linaje es que el día de mi nacimiento, al igual que el mi bautismo, están inscritos en el registro de la iglesia de los Tres Santos.^[6] Un ganso, como saben todos los que están mínimamente versados en ciencias, no puede inscribirse en un registro de partidas de nacimiento, porque un «ganso» no es una persona sino un ave, cosa que saben hasta los que no fueron a la escuela. Pero el citado malicioso caballero, a pesar de estar enterado de todo esto, sin otro propósito que el de lanzar una ofensa mortificante contra mi rango y mi nombre, me designó con esa palabra.

«Segundo: este mismo caballero indecente e indecoroso ocupó la propiedad de mi familia que recibí de mi padre, Iván Onisievich Pererepenko, sacerdote que Dios tenga en Su Gloria. Contrariamente a todo derecho, construyó sobre mi terreno, directamente frente a mi porche, un

corral para sus gansos, y lo hizo con la única intención de agravar la ofensa que me había hecho, pues de no ser así el corral continuaría en el lugar en el que estaba, pues el sitio era adecuado y el corral estaba firme. Por tanto, lo único que pretendía el arriba citado caballero era obligarme a ser testigo de espectáculos indecentes, pues es bien sabido que nadie va a un corral (¡y mucho menos a un corral de gansos!) para ningún asunto decoroso. De esta construcción ilegal, los dos pilares frontales se encuentran ocupando mi tierra, que recibí estando mi padre Iván Onisievich Pererepenko todavía vivo y que comienza en el granero y termina en línea recta en el mismo lugar en que las mujeres friegan los pucheros.

»Tercero: el caballero antes citado, cuyo nombre y apellidos por sí solos inspiran la mayor repugnancia, alberga en su malvado corazón la intención de prender fuego a mi casa. Pruebas irrefutables de ello son: primero, que el citado maligno caballero ha empezado de pronto a salir frecuentemente de sus aposentos, cosa que no acostumbraba a hacer debido a su pereza y a la abominable gordura de su cuerpo; segundo, en las habitaciones de su sirviente, cuya pared linda con la cerca que rodea mi terreno, que recibí de mi difunto padre, Iván Onisievich Pererepenko, que Dios tenga en Su Gloria, se ve cada día una luz encendida, lo que por sí mismo es una prueba incontestable, pues hasta ahora, debido a su miserable avaricia, no sólo hacía apagar la vela, sino también la linterna.

»Por todo lo referido, solicito que el citado caballero, Iván Nikiforovich Dovgochkhun, siendo manifiestamente culpable de intento de incendio y de ofender a mi rango, nombre y apellido, y de la apropiación ladronesca de mi terreno; y, sobre todo, por ser culpable del ruin y reprehensible hecho de haber unido el infame apelativo de «ganso» a mi apellido, que se le imponga una multa, cargando además con las costas, y que sea condenado por allanamiento de morada, esposado y conducido a la cárcel, todo ello a la menor brevedad y sin demora, como corresponde a la gravedad de mi denuncia.

»Escrito y redactado por el caballero terrateniente de la ciudad de Mirgorod Iván Ivanovich Pererepenko.»

Al terminar la lectura de la denuncia, el juez se inclinó hacia Iván Ivanovich, y empezó a decirle más o menos lo siguiente:

—Pero ¡qué dice usted, Iván Ivanovich! ¡Piense en lo que hace! ¡Por el amor de Dios, retire esta denuncia, deje que se pudra, que Satanás se la lleve! ¡Mejor sería que estrechara la mano de Iván Nikiforovich, se besaran en las mejillas y fueran a comprar una botella de Santurin o Nikopolis o hicieran un poco de ponche y me invitaran! ¡Beberíamos juntos y nos olvidaríamos de todo este asunto!

—¡No, Demian Demianovich! No es éste un asunto que pueda arreglarse así —dijo Iván Ivanovich dándose el aire de importancia que tan bien le iba—. No es el tipo de asunto que se pueda solucionar con un acuerdo amistoso. ¡Adiós! ¡Adiós también a ustedes, caballeros! —prosiguió con la misma altivez, dirigiéndose a todos—. Espero que se dé curso a mi denuncia. —Y salió dejando atónitos a todos los presentes en la oficina.

El juez permaneció sentado sin decir palabra; el secretario aspiró un poco de rapé; los empleados volcaron accidentalmente el pedazo de botella rota que utilizaban como tintero y el propio juez, sin percibirse de ello, extendió el charquito de tinta por la mesa con su dedo.

—¿Qué dice usted, Dorofei Trofimovich? —preguntó el juez tras un rato de silencio, dirigiéndose al alguacil.

—No sé qué decir —contestó el alguacil.

—¡Qué cosas pasan! —continuó el juez.

Antes de que terminara esa frase, la puerta chirrió y la mitad delantera de Iván Nikiforovich se introdujo en la habitación mientras su otra mitad permanecía en la antesala. La aparición de Iván Nikiforovich en el juzgado resultaba una cosa tan extraordinaria que el juez lanzó un grito de

sorpresa y el secretario interrumpió su lectura. Uno de los escribanos, que parecía el friso de un hombre trajeado, se metió la pluma en la boca y el otro se tragó una mosca. Hasta el inválido que realizaba las funciones de vigilante y mensajero, que hasta entonces había permanecido junto a la puerta rascándose bajo la sucia camisa con insignias cosidas en el hombro, incluso él se quedó boquiabierto y le pisó a alguien el pie.

—¿Qué azar le trae a usted por aquí? ¿Cómo y por qué motivo nos visita? ¿Y qué tal está usted de salud, Iván Nikiforovich?

Pero Iván Nikiforovich no estaba ni muerto ni vivo, pues se había quedado atascado en la puerta y no podía dar un paso ni hacia adelante ni hacia atrás. En vano el juez gritó a quien estuviera en la antesala que empujaran a Iván Nikiforovich por detrás. Sólo había una peticionaria en la antesala, una anciana que, a pesar de empujar con toda la fuerza de sus huesudos brazos, no pudo hacer nada. Entonces uno de los escribanos, de gordos labios, fornidos hombros, ancha nariz, ojos un poco bizcos que miraban como si tuviera malas intenciones o estuviera un poco borracho, y codos torneados se acercó a la mitad delantera de Iván Nikiforovich, le hizo cruzar los brazos como si fuera un niño y guiñó un ojo al viejo inválido, que empujó la rodilla sobre el estómago de Iván Nikiforovich y entre los dos, a pesar de sus lamentos y quejas, consiguieron por fin empujarlo hacia la antesala. Luego levantaron las fallebas y abrieron la otra mitad de la puerta. Mientras estaban en ello, el escribano y su ayudante, el inválido, a causa del esfuerzo realizado, llenaron con sus resoplidos la sala con un olor tal que por un tiempo pareció una taberna.

—¿Le han hecho daño, Iván Nikiforovich? Se lo diré a mi madre y le enviaré un preparado para que se frote usted con él los hombros y la espalda y se le pasará.

Pero Iván Nikiforovich se hundió en una silla y durante un buen rato no pudo hacer más que emitir largos quejidos. Por fin, en una voz muy débil, apenas audible por su falta de resuello, dijo:

—¿Les apetece un poco? —Y sacándose su frasquito de tabaco del bolsillo, añadió—: Sírvanse ustedes.

—Me alegro mucho de verle —contestó el juez— pero, al mismo tiempo, no puedo imaginar qué le ha hecho emprender el esfuerzo de venir hasta aquí a darnos esta agradable sorpresa.

—Una denuncia... —fue todo lo que pudo pronunciar Iván Nikiforovich.

—¿Una denuncia? ¿Qué clase de denuncia?

—Una denuncia... —empezó a decir y se detuvo un buen rato mientras recuperaba el aliento— ¡Uf! Una denuncia contra un bribón... Iván Ivanovich Pererepenko.

—¡Señor! ¿También usted? ¡Unos amigos tan excepcionales! ¡Una denuncia contra una persona tan virtuosa!

—¡Es el mismo Satanás! —dijo Iván Nikiforovich con voz entrecortada.

El juez se santiguó.

—Tome la denuncia y léala.

—¡No hay nada que hacer! ¡Léala, Taras Tikhonovich! —dijo el juez dirigiéndose con aire de disgusto al secretario mientras con la nariz se esnifaba el labio superior, algo que antes, generalmente, sólo acostumbraba a hacer en momentos de gran satisfacción. Este comportamiento independiente de su nariz enojó todavía más al juez. Sacó el pañuelo y se limpió todo el tabaco del labio superior para castigarlo por su insolencia.

El secretario, tras realizar el acostumbrado ademán con el que siempre precedía la lectura, es decir, sonándose sin utilizar pañuelo, empezó a leer con su tono de voz habitual:

—«*Denuncia de Iván Nikiforovich Dovgochkhun, caballero de la región de Mirgorod, sobre los hechos que siguen a continuación:*

»*Primero: por su odiosa malicia y obvia mala voluntad, Iván Ivanovich Pererepenko, que se hace llamar caballero, me ha causado diversos perjuicios con sus repugnantes y siniestras acciones y ayer, como un bandido y un ladrón, armado con hachas, sierras, cinceles y otras herramientas de carpintería, allanó mi patio con nocturnidad y alevosía y con sus propias villanas manos derrumbó*

el corral de gansos que yo había construido allí. Yo, por mi parte, jamás le di motivo para esa agresión ignominiosa e ilegal.

«Segundo: dicho señor Pererepenko tiene la intención de atentarse contra mi vida, intención que mantuvo en secreto hasta el día 7 del pasado mes, cuando vino a mi casa aparentando amabilidad y con astucia pidió mi escopeta, que yo guardaba en mi habitación, ofreciéndome, según su acostumbrada tacañería, un montón de cosas carentes de todo valor, a saber: una cerda parda y dos sacos de avena. Pero, adivinando su criminal intención, me esforcé por todos los medios para alejarlo de ella. No obstante, el citado bribón y tunante Iván Ivanovich Pererepenko se comportó conmigo como un murik, y desde entonces alberga una irreconciliable enemistad hacia mí. Y el repetidamente citado señor Iván Ivanovich, además de ladrón y violento, es de un linaje bastante dudoso: todo el mundo sabe que su hermana era una ramera que se marchó de Mirgorod con una compañía de soldados cazadores que estaba acuartelada en Mirgorod hace cinco años y que registró a su marido como campesino. Su padre y su madre fueron también gentes sin ley y ambos reconocidos borrachos. Sin embargo, el anteriormente citado caballero ladrón Pererepenko ha superado a todos sus parientes con sus actos bestiales y reprobables y aunque pasa por piadoso comete los mayores sacrilegios: no guarda los ayunos, pues en la víspera de la fiesta de San Felipe ese apóstata compró un cordero y ordenó a su inicua moza Gapka que lo matara al día siguiente, con la excusa de que necesitaba urgentemente el sebo para velas y lámparas.

»Por eso pido que a ese caballero, como el bandido sacrilego y bribón que es y puesto que fue sorprendido merodeando y robando, le sean puestos grilletes y sea encarcelado o aquí o en la cárcel del Estado y que allí, a discreción, se le arrebaten todos sus títulos nobiliarios y rango, se le azote con varas de abedul y se le condene a trabajos forzados en Siberia si es necesario. Pido también que se hagan pagar todas las costas y que se dé rápida respuesta a mi petición.

»Firmo de mi puño y letra esta denuncia yo, Iván Nikiforovich Dovgochkhum, caballero de la región de Mirgorod.»

Tan pronto como el secretario terminó de leer, Iván Nikiforovich saludó y cogió su gorro con intención de marcharse.

—¿Adónde va usted con tanta prisa, Iván Nikiforovich? —dijo el juez—. ¡Quédese un rato! ¡Tómese una tacita de té! ¡Orischko! ¿Qué haces ahí parada como una idiota guiñándole el ojo a los escribanos! ¡Ve y trae un poco de té!

Pero Iván Nikiforovich, asustado de verse tan lejos de su hogar y de haber tenido que soportar tan peligrosa cuarentena, ya había logrado salir por la puerta, diciendo:

—No se moleste, ha sido un placer... —dijo, y dejando a todos mudos de asombro, cerró la puerta tras él.

¡Qué se le iba a hacer! Las dos denuncias fueron aceptadas y, si el asunto ya resultaba interesante, una inesperada circunstancia vino a darle todavía más interés. Mientras el juez salía de sala acompañado por el alguacil y el secretario y los escribanos metían en un saco las gallinas, los huevos, los panes, pasteles, *knish*^[7] y demás vituallas que habían traído los solicitantes, entró en la habitación una cerda parda, corriendo despavorida, y, para asombro de todos los presentes, con el hocico agarró, no un pastel ni un pan, sino la denuncia de Iván Nikiforovich, cuyas hojas asomaban del extremo de una mesa. Después, escapó tan deprisa que ninguno de los funcionarios pudo detenerla, a pesar del aluvión de reglas y tinteros que le arrojaron.

Este extraordinario incidente causó gran alboroto, pues todavía no se había hecho ninguna copia del documento. El juez —mejor dicho, su secretario y el alguacil— debatieron sobre esta inaudita circunstancia durante un buen rato. Finalmente decidieron escribir un informe sobre lo sucedido, para el comisario de policía, pues la investigación de ese caso correspondía a la policía civil. El informe n° 389 fue enviado ese mismo día al comisario. Dicho informe dio lugar a una conversación bastante curiosa de la que los lectores sabrán en el próximo capítulo.

V. En el que se trata de la reunión entre dos distinguidas personas de Mirgorod

Iván Ivanovich terminó sus quehaceres domésticos y salió a descansar, como hacía habitualmente, en su porche, cuando con gran asombro vio algo de color rojo junto a la puerta de entrada. Era el puño rojo del uniforme del comisario de policía, que junto con el cuello estaba tan pulido que parecía de charol. Iván Ivanovich pensó para sí: «Qué amable es Piotr Fiodorovich, que viene a charlar un rato conmigo», pero se quedó pasmado al ver que el alcalde se acercaba caminando muy de prisa y balanceando los brazos, cosa que hacía en muy contadas ocasiones. El uniforme del comisario tenía ocho botones, pues el noveno lo había perdido durante la procesión de consagración de la iglesia, unos dos años atrás, y hasta ahora los policías no habían podido encontrarlo aunque el comisario, cuando recibía los informes de los responsables de distrito, siempre les preguntaba si habían encontrado su botón. Estos ocho botones que le quedaban estaban colocados sobre el uniforme de la misma manera en que las *babas* plantan las habas, es decir, unos a la izquierda y otros a la derecha. En la última campaña una bala le había atravesado la pierna izquierda, lo que hacía que al cojear la echara tanto hacia un lado que casi deshacía con la izquierda todo lo que a cada paso ganaba con la derecha. Cuanto más rápido lanzaba al ataque su infantería, más despacio avanzaba. Por eso, mientras el comisario caminaba hacia el porche, Iván Ivanovich tuvo tiempo de perderse en conjeturas sobre el motivo que hacía que el alcalde agitara tanto los brazos. Se preocupó aún más cuando comprobó que el tema parecía de la mayor importancia, pues el comisario había venido con una espada nueva.

—¡Saludos, Piotr Fiodorovich! —exclamó Iván Ivanovich quien, como ya se ha dicho, era muy curioso y simplemente incapaz de contener su impaciencia al ver al comisario tomar al asalto la escalera de su porche sin levantar los ojos y enfadándose con su infantería, que no era capaz de subir a la primera un escalón.

—¡Muy buenos días tenga usted, mi querido amigo y benefactor, Iván Ivanovich! —contestó el comisario de policía.

—Tenga la bondad de sentarse. Veo que se ha cansado caminando tan rápido con su pierna herida...

—¿Mi pierna? —exclamó el comisario, clavando en Iván Ivanovich una de esas miradas que un gigante dirige a un pigmeo o con las que un pedante fulmina a un profesor de baile. Dicho esto la levantó y golpeó con ella el suelo. Esta valentía, sin embargo, le costó muy cara, pues todo su cuerpo se tambaleó y su nariz fue a dar en la barandilla. Pero el sabio guardián del orden ni siquiera pestañeó, se irguió y se llevó la mano al bolsillo como si fuera a sacar su tabaquera—. Le diré, mi querido amigo y benefactor Iván Ivanovich, que a lo largo de mi vida he tomado parte en todo tipo de campañas. Sí, en serio se lo digo, en todo tipo. Participé, por ejemplo, en la campaña de 1807... Ah, déjeme que le cuente: una vez que iba detrás de una hermosa muchachita alemana cuando escalé una valla... —En este punto, el comisario guiñó un ojo y sonrió con picardía.

—¿Y dónde ha estado usted hoy? —preguntó Iván Ivanovich para interrumpir al comisario y hacerle llegar lo más pronto posible al objeto de su visita. Hubiera deseado preguntarle directamente qué venía a decirle, pero su fino conocimiento del mundo le hacía comprender que semejante pregunta era totalmente incorrecta, así que se contuvo y esperó pacientemente mientras el corazón le latía con gran violencia.

—Permítame que le cuente dónde he estado hoy —contestó el comisario—. Primero, le diré que hace un tiempo magnífico...

Con estas últimas palabras, Iván Ivanovich casi se muere.

—Pero, permítame —prosiguió el comisario—. He venido a verle a usted hoy por un asunto bastante grave.

Al decir esto, el rostro y el porte del comisario recuperaron la expresión de preocupación que había mostrado al subir al asalto los escalones. Al oírle, Iván Ivanovich revivió y se puso a temblar, como si tuviera fiebre. Incapaz de aguantar más, preguntó:

—¿Un asunto grave? ¿Grave de verdad?

—Pues verá, si es tan amable de escucharme: primero de todo, me atrevo a decirle que usted, mi querido amigo y benefactor, Iván Ivanovich, usted... no es que yo lo diga, yo... por favor, tenga en cuenta que por mi parte no hay interés en enemistarme con usted; pero es el gobierno el que lo exige, el gobierno el que lo requiere... En fin, el caso es que usted ha violado el buen orden.

—Pero ¿qué está usted diciendo, Piotr Fiodorovich? No entiendo nada.

—Pero ¡por el amor de Dios! ¿Cómo que no entiende nada? ¡Un animal de su propiedad robó un importante documento oficial y dice usted que no entiende nada!

—¿Qué animal?

—Su cerda parda, perdóneme usted.

—¿Y qué culpa tengo yo? ¡El guarda del juzgado no debería dejar la puerta abierta!

—¡Pero Iván Ivanovich, es su animal! ¡Está claro que es culpa de usted!

—¡Le agradezco sinceramente que me compare usted con un cerdo!

—¡Vamos, Iván Ivanovich, yo no he dicho nada de eso! ¡Por Dios que no lo he dicho! Le ruego que reflexione y piense en conciencia: sin duda usted sabe que está totalmente prohibido que se paseen por la ciudad, y mucho más por las calles principales, animales sucios de cualquier tipo. ¡Coincidirá conmigo al menos en que esto está prohibido!

—¡Lo que usted dice es un disparate! ¿A quién le importa que una cerda salga a la calle?

—¡Si me permite, Iván Ivanovich, debo informarle, con su permiso, de que esto es completamente imposible! ¡Qué le vamos a hacer! Así lo quieren las autoridades y nosotros tenemos que obedecer. No le discuto que en ocasiones se ven gallinas o gansos correteando libres por las calles e incluso en la plaza, pero fíjese que le hablo de gallinas y gansos, ¡no de cerdos o cabras! Ya di instrucciones el año pasado de que estaban prohibidos en las plazas públicas. Se pregonó la orden delante de todo el mundo.

—No, Piotr Fiodorovich. Yo no veo en esto nada más que su deseo de ofenderme a toda costa.

—¿Cómo dice usted eso, mi querido amigo y benefactor! ¿Cómo voy yo a querer ofenderle! Acuérdesse de que el año pasado no dije ni una palabra cuando usted construyó un tejado una vara más alto de lo permitido. Al contrario, hice como si no lo hubiera visto. Créame, amable amigo, que también ahora, por así decirlo, yo sería capaz de... Pero es mi responsabilidad, mi deber, en suma, que se respete la higiene. Juzgue usted mismo que sucedería si de repente todo el mundo soltara cerdos por la calle principal...

—¡Pues vaya calles principales son esas de las que usted habla! ¡Si las *babas* tiran ahí todos los desperdicios que les sobran!

—Permítame que le informe, Iván Ivanovich, de que es usted quien está ofendiéndome. Es cierto que a veces ocurre algo de eso, pero por lo general es sólo junto a las vallas, cobertizos o almacenes... ¡Pero que una cerda se pasee por la calle principal y llegue a la plaza es una cosa que...!

—¿Y qué pasa si es así, Piotr Fiodorovich? ¿Es que no creó Dios a las cerdas?

—¡Pues claro! Todo el mundo sabe que es usted un hombre con muchos estudios. Sabe usted de ciencias y de muchas otras materias. Yo nunca estudié nada de ciencias, por supuesto. Empecé a aprender a escribir cuando ya tenía cerca de treinta años. Como usted sabe, yo procedo de la tropa.

—Hummm... —dijo Iván Ivanovich.

—Sí —continuó el comisario—. En el año 1801 yo era teniente de la cuarta compañía del cuadragésimo segundo regimiento de cazadores. El comandante de nuestra compañía, sépalo usted, era el capitán Yeremeev. —Al decir esto, el comisario metió los dedos en la tabaquera que Iván

Ivanovich tenía abierta y en la que se entretenía desmenuzando el tabaco.

—Hummm... —replicó Iván Ivanovich.

—No obstante —prosiguió el comisario—, mi deber es obedecer lo que disponga el gobierno. ¿Sabía usted, Iván Ivanovich, que el que sustrae un papel de un juzgado del Estado puede ser encausado penalmente, igual que por cualquier otro crimen?

—¡Tan bien lo sé que, si usted quiere, puedo darle lecciones sobre el particular! ¡Eso se aplica a personas; a usted, por ejemplo, si hubiera robado el documento, pero una cerda es una criatura de Dios!

—Todo eso está muy bien, pero la ley dice «culpable de sustraer...». Le pido que me escuche atentamente: ¡dice «culpable»! No hace mención de especie, género o rango y, por tanto, un animal también puede ser culpable. Diga usted lo que quiera, pero el animal debe entregarse a la policía por haber perturbado el orden, y luego se dictará la sentencia correspondiente y se le impondrá un castigo.

—No, Piotr Fiodorovich —objetó con frialdad Iván Ivanovich—. Eso no va a pasar.

—Como usted quiera, pero yo debo seguir las órdenes de las autoridades.

—¿Por qué trata de asustarme? ¿De verdad piensa enviar al soldado manco a que me arreste? Le diré a mi anciana sirvienta que lo ahuyente con un atizador. ¡Le romperá el otro brazo!

—No quiero discutir con usted. En ese caso, si no quiere usted entregar su cerda a la policía, utilícela usted mismo para algo: sacrifíquela para la Navidad, o cuando usted prefiera, y haga unos jamones o simplemente cómasela. Yo sólo le diría que, si va a hacer salchichas, le pediría que me enviara un par de las que su Gapka hace tan bien con la sangre y la grasa del cerdo. A mi Agrafena Trofimovna le encantan.

—Le enviaré un par de salchichas con mucho gusto.

—Le quedaré muy agradecido, mi querido amigo y benefactor. Ahora, permítame que le diga una cosa más: me ha encargado el juez, además de todos nuestros conocidos, reconciliarle a usted, por así decirlo, con su amigo Iván Nikiforovich.

—¡Cómo! ¿Con ese maleducado? ¿Tengo que reconciliarme con ese patán? ¡Jamás! ¡Nunca lo haré!

Iván Ivanovich estaba totalmente decidido.

—Como usted quiera —respondió el comisario, llevándose tabaco a los dos orificios de su nariz—. No me atrevería a darle un consejo, pero permítame que le diga, sin embargo, que ahora están ustedes peleados, pero cuando se hayan reconciliado...

Iván Ivanovich se puso a hablar sobre la caza de la codorniz, que era lo que solía hacer cuando quería cambiar de tema.

Y así, el comisario tuvo que volver a su casa de vacío, sin haber conseguido nada.

VI. Por el cual el lector podrá enterarse de todo lo que en él se dice.

Aunque se esforzaron por ocultarlo, al día siguiente, todo Mirgorod sabía que la cerda de Iván Ivanovich había robado la denuncia de Iván Nikiforovich.

El propio comisario fue el primero al que se le escapó la noticia. Cuando se lo dijeron a Iván Nikiforovich, no hizo ningún comentario y se limitó a preguntar si la cerda era de color pardo, pero Agafya Fedoseevna, que estaba presente, empezó a incordiar de nuevo a Iván Nikiforovich diciéndole:

—Pero ¿qué le sucede, Iván Nikiforovich? ¿No ve que van a tomarle a usted por tonto si deja pasar este asunto? ¿Cómo podrá considerarse a sí mismo un caballero si no hace nada? ¡Será usted peor que la mujer que vende esos caramelos que tanto le gustan!

Y la terca, mujer le convenció. Por algún lado encontró a un hombrecito de mediana edad, moreno, con el rostro salpicado de manchas y vestido con una levita azul marino con coderas... ¡el perfecto ratón de oficina! Este individuo se engrasaba las botas con alquitrán, llevaba hasta tres plumas detrás de la oreja y en lugar de tintero llevaba una botellita de cristal atada a un botón de la levita. Se comía de una vez nueve pasteles y el décimo se lo guardaba en el bolsillo, y era capaz de introducir tantas calumnias en una hoja de papel oficial que ningún lector podía leerla de un tirón sin tener que interrumpirse con alguna tos o estornudo. Este pequeño proyecto de ser humano husmeó, sudó, escribió y al final cocinó el siguiente documento:

«Reclamación que el caballero Iván Nikiforovich Dovgochkhun presenta al juzgado regional de Mirgorod.

»Como continuación de mi citada denuncia, que interpuse yo, Iván Nikiforovich Dovgochkhum, caballero, afirmo que el juzgado no sólo no ha dado respuesta a mi denuncia contra Iván Ivanovich Pererepenko, con quien el juzgado se ha mostrado tremendamente indulgente. El propio comportamiento descarado de la cerda parda me ha sido ocultado y he tenido que enterarme de él por terceras personas. Dicha permisividad e indulgencia es indiscutiblemente premeditada y malintencionada, ya que esa cerda parda no es más que un estúpido animal incapaz de robar un documento por sí sola. De eso se sigue que forzosamente dicho juzgado fue inducido a ello por mi adversario, que se llama a sí mismo caballero Iván Ivanovich Pererepenko, quien ya se ha demostrado un ladrón, un asesino en potencia y un blasfemo. Está claro que el citado juzgado de Mirgorod, procediendo con su acostumbrada parcialidad, tenía con él algún tipo de acuerdo secreto, pues de otro modo la dicha cerda jamás habría podido robar el documento, ya que el juzgado regional de Mirgorod está bien provisto de sirvientes. Baste mencionar al soldado que está siempre instalado en la antesala y que, aunque no ve de un ojo y tiene un brazo impedido, dispone de capacidad más que suficiente para ahuyentar a la cerda y echarla de allí a garrotazos. De todo ello se deduce más allá de toda duda la connivencia del citado juzgado de Mirgorod y el reparto judaico de las ganancias con la otra parte producto de un mutuo acuerdo. El anteriormente citado ladrón y «caballero» Iván Ivanovich Pererepenko está actuando fraudulentamente en este procedimiento. Por eso yo, Iván Nikiforovich Dovgochkhun, caballero, quiero poner en conocimiento del mencionado juzgado regional que, a menos que la denuncia presentada por mí sea recuperada de la cerda parda o de su cómplice, el caballero Pererepenko, y se proceda a fallar el caso en mi favor, yo, Iván Nikiforovich Dovgochkhun, caballero, presentaré una denuncia ante el Tribunal Supremo por la prevaricación del citado juzgado, pidiendo además que se traslade allí formalmente el caso.

Iván Nikiforovich Dovgochkhun, caballero de la región de Mirgorod.»

Esta solicitud surtió efecto: el juez, como todas las buenas personas, era un hombre cobarde.

Se dirigió al secretario, pero éste se limitó a dejar escapar un largo «hummm» entre dientes y a adoptar una expresión diabólicamente indiferente que debe de ser la que adopta Satán cuando ve a sus pies a una víctima rendida que acude a él. Sólo quedaba una solución: que los dos amigos hicieran las paces. Pero ¿cómo conseguirlo, cuando todos los intentos hasta ese momento habían fracasado? A pesar de ello, decidieron probar una vez más; pero Iván Ivanovich anunció tajantemente que no tenía la menor intención de hacer las paces, e incluso se enfureció. Iván Nikiforovich, en lugar de responder, dio media vuelta y se marchó sin decir palabra. El proceso procedió entonces con la habitual rapidez por la que es célebre la justicia. El documento fue sellado, inscrito, se le dio un número, se archivó y firmó, todo ello dentro del mismo día, y el legajo se guardó en un armario en el que descansó un año, luego otro, y aún un tercero. Una legión de novias tuvo tiempo de casarse. En Mirgorod se abrió una nueva calle, el juez perdió una muela y dos caninos; más niños todavía corrían por el patio de Iván Ivanovich (sólo Dios sabía de dónde habían salido). Para mortificar a Iván Ivanovich, Iván Nikiforovich construyó un nuevo corral para sus gansos, aunque un poco más alejado que el primero, y añadió por ese lado tantas construcciones que estas dos estimables personas ya casi nunca se veían la cara, todo ello mientras el caso reposaba, bien ordenado, en el armario, que parecía de mármol, de tantas vetas de tinta como tenía.

Mientras tanto, sucedió algo muy importante para todo Mirgorod.

¡El comisario dio un baile! ¿De dónde voy a sacar los pinceles y los colores necesarios para representar la diversidad de gentes reunidas y la suntuosidad de la fiesta? ¡Tome usted un reloj, ábralo y mire lo que sucede en su interior! ¿No es cierto que lo que ocurre ahí dentro no es más que un caos incomprensible? Y ahora imagine las mismas ruedas y ruedecillas, sino más, en el patio del comisario de policía. ¡Qué carruajes y carretelas había allí! Los unos anchos por la parte delantera y estrechos por la trasera; los otros, mitad carruajes y mitad carretelas; otros, ni carruajes ni carretelas. Había uno que parecía una gavilla de heno gigante o la obesa esposa de un comerciante; otro se asemejaba a un hebreo desgreñado o a un esqueleto que no ha perdido toda la piel; uno reproducía exactamente la forma de una pipa turca; otro no se parecía a nada en absoluto y presentaba la forma de alguna extraña criatura, perfectamente horrible y extremadamente fantástica. Por este caos de ruedas y pescantes se elevaba algo parecido a una berlina con una ventana de grueso marco como las que hay en las casas a modo de ventanilla. Los cocheros, vestidos con caftanes grises, blusas y gruesos abrigos, tocados con gorros de piel de oveja y todo tipo de gorras puntiagudas, pipas en mano, llevaban a los caballos desenganchados al otro lado del patio. ¡Qué baile el del comisario! Si me permiten, les contaré quien estaba allí: Taras Tarasovich, Evpl Akinfovich, Evtikhy Evtikhevich, Iván Ivanovich —no ese Iván Ivanovich, sino el otro—, Savva Gavrilovich, nuestro Iván Ivanovich, Elevfery Elevferievich, Makar Nazarievich, Foma Grigorievich... ¡No puedo seguir! ¡No tengo fuerzas! ¡Mi mano se cansa de tanto escribir! ¡Y la cantidad de damas que había! Morenas y pálidas, altas y bajas, algunas gordas como Iván Nikiforovich, otras tan delgadas que parecía que cabían en la vaina de la espada del comisario. ¡Tantos sombreros! ¡Tantos vestidos! Rojos, amarillos, color café, verdes, azules, nuevos, dados la vuelta, recortados; pañuelos, cintas, *ridicules*... ¡Adiós, pobres ojos míos! Después de contemplar este espectáculo de nada me serviréis. ¡Y qué mesa más larga se había dispuesto! ¡Y cómo hablaban todos, cuánto ruido hacían! El de un molino con todas sus piedras de moler, ruedas, engranajes y morteros no es nada comparado con el ruido que hacían. No podía distinguir de qué hablaban, pero es de suponer que debía de ser sobre cosas útiles y agradables, como del tiempo, de los perros, del trigo, de los sombreros o de los potros. Al final, Iván Ivanovich —no el nuestro, el otro, el que está ciego de un ojo— dijo:

—Me parece raro que mi ojo derecho no vea a Iván Nikiforovich Dovgochkun.

—No quiso venir —dijo el comisario.

—¿Y cómo es eso?

—Gracias a Dios han pasado ya dos años desde que se pelearon, me refiero a Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich, y, donde uno va, el otro no pondría los pies por nada del mundo.

—¿Es posible eso que dice? —Diciendo esto, el Iván Ivanovich tuerto elevó los ojos al cielo y unió las manos en ademán de implorar—: ¡Si ahora ya ni la gente que tiene los dos ojos buenos es capaz de vivir en paz, cómo voy a lograrlo yo que tengo un ojo ciego!

Todo el mundo echó a reír a carcajadas al oírle. El tuerto Iván Ivanovich le caía bien a todo el mundo porque sus chistes eran muy a gusto del momento. Incluso el hombre alto y delgado, vestido con una levita y con la nariz vendada, que había permanecido sentado en un rincón y no había movido ni un músculo de la cara, ni siquiera cuando se le metió una mosca en la nariz, este mismo caballero se levantó de su asiento y se acercó al grupo que se había formado en torno al Iván Ivanovich tuerto.

—¡Óiganme! —dijo el Iván Ivanovich tuerto cuando vio que le rodeaba una multitud—. En lugar de estar todos ustedes mirando mi ojo ciego, lo que deberían hacer es reconciliar a los dos amigos. Ahora mismo Iván Ivanovich está hablando con las damas y las jóvenes. ¡Aprovechemos y vayamos discretamente a buscar a Iván Nikiforovich para que se encuentren aquí!

Todo el mundo aceptó la propuesta de Iván Ivanovich y se decidió enviar a alguien a buscar a Iván Nikiforovich a su casa y pedirle que fuera sin falta a casa del comisario a comer. Pero quedaba una cuestión de capital importancia ante la que se quedaron todos perplejos: a quién encargar esa delicada tarea. Se discutió durante largo rato quién era el más capaz y más hábil en cuestiones diplomáticas y finalmente se decidió por unanimidad confiar el asunto a Antón Prokofievich Golopuz.

Es menester que primero familiarice al lector con este notable personaje. Antón Prokofievich era un hombre sumamente virtuoso en todo el sentido de la palabra: si uno de los distinguidos vecinos de Mirgorod le regalaba un pañuelo para el cuello o unos calzoncillos, daba las gracias; si alguien le daba un capirotazo en la nariz, le daba las gracias también. Cuando le preguntaban: «¿Cómo es, Antón Prokofievich, que su levita es marrón pero las mangas son de color azul claro?», solía contestar:

«¡Esperen a que se haga vieja y verán cómo se pone toda del mismo color!» Y, desde luego, con el sol, la tela azul empezó a volverse marrón y ahora está casi del color del resto de la levita. Pero lo más extraño es que Antón Prokofievich tenía la costumbre de vestir ropa de franela en verano y de nanquín en invierno. Antón Prokofievich no tiene ninguna casa en propiedad. Antes tenía una en un extremo de la ciudad, pero la vendió y utilizó el dinero para comprar tres caballos y un pequeño carruaje en el que solía ir a visitar a los terratenientes. Pero como le daban mucho trabajo y, además, había que comprar avena con la que alimentarlos, Antón Prokofievich los cambió por un violín y una sirvienta, sacando además en el trato un billete de veinticinco rublos. Luego Antón Prokofievich vendió el violín y cambió a la chica por una bolsa de piel para el tabaco bordada en oro. Y ahora tiene una bolsa de tabaco como no la tiene nadie. Sin embargo, gracias a esa maravillosa bolsa, ya no tiene carruaje con que visitar los sembrados y debe quedarse en la ciudad y dormir en diversas casas, particularmente en las de esos caballeros que disfrutaban dándole capirotazos en la nariz. A Antón Prokofievich le gusta comer bien y juega bien a las cartas. La obediencia siempre fue uno de sus puntos fuertes, así que tomó su sombrero y su bastón y partió inmediatamente a cumplir la tarea que le habían encomendado. Pero en el camino empezó a reflexionar sobre cómo iba a persuadir a Iván Nikiforovich de que se fuera con él a la fiesta. El carácter más bien brusco del por lo demás respetable caballero hacía la tarea prácticamente imposible. ¿Y por qué, en efecto, iba a arriesgarse a ir, si salir de la cama ya le costaba muchísimo trabajo? Pero, suponiendo que se levantara, ¿por qué iba a ir a un lugar dónde —como sin duda sabía— estaba su implacable enemigo? Cuanto más pensaba en ello Antón Prokofievich, más dificultades encontraba. El día era sofocante, el sol abrasaba y el sudor le caía a chorros. Antón Prokofievich, por muchos capirotazos en la nariz que le dieran, era un hombre inteligente para según qué cosas, aunque simplemente no tenía suerte en el comercio. Pero, eso sí, sabía muy bien cuándo le tocaba hacerse pasar por tonto, y por ello a veces salía airoso en ocasiones en que un hombre

inteligente hubiera fracasado.

Mientras este impresionante ingenio estaba ocupado pensando en formas de convencer a Iván Ivanovich y caminaba valientemente a su encuentro, un inesperado acontecimiento lo dejó anonadado. Es necesario aquí informar al lector de que Antón Prokofievich tenía, entre otras posesiones, unos pantalones cuya particularidad consistía en que cuando se los ponía los perros venían a morderle las pantorrillas. Y la suerte quiso que los llevara puestos precisamente ese día. Ése fue el motivo de que, apenas se había sumido en sus reflexiones, se viera rodeado por todas partes de terribles ladridos. Antón Prokofievich gritó tan fuerte —nadie era capaz de gritar más fuerte que él— que no sólo salieron a su encuentro nuestra conocida *baba* y el propietario de la inmensa levita, sino que hasta los niños del patio de Iván Ivanovich fueron todos a ver qué sucedía. Y aunque los perros no tuvieron tiempo de morderle más que una pierna, bastó para disminuir notablemente su valor y le hizo acercarse a los peldaños del porche con cierta timidez.

VII. Y último

Hummm! ¡Buenos días! ¿Por qué provoca usted a los perros? —dijo Iván Nikiforovich al ver a Antón Prokofievich, pues todo el mundo empleaba siempre un tono de broma al hablar con Antón Prokofievich.

—¡Por mí, que se mueran todos! ¡Yo no les he hecho nada! —contestó Antón Prokofievich.

—Está usted mintiendo.

—¡Por Dios que no! Vengo a decirle que Piotr Fiodorovich le invita a usted a comer.

—¡Hummm!

—A fe mía que lo pedía con una insistencia como no he visto nunca. «¿Cómo es», preguntaba, «que Iván Nikiforovich me evita como si fuera su enemigo? Nunca se pasa por aquí para charlar o sentarse un rato conmigo».

Iván Nikiforovich se acarició la barbilla.

—«Si Iván Nikiforovich no viene ahora mismo», decía «no sabré qué pensar: debe de tener algo contra mí. Hágame usted el favor, Antón Prokofievich, de convencer a Iván Nikiforovich». Así que, ¿qué me dice, Iván Nikiforovich? Anímese, que se ha reunido allí una estupenda compañía.

Iván Nikiforovich se puso a mirar a un gallo que se había puesto a cantar con todas sus fuerzas en las escaleras del porche.

—¡Si usted supiera, Iván Nikiforovich —prosiguió el proceloso enviado— qué salmón y qué caviar está sirviendo Piotr Fiodorovich!

En ese punto Iván Nikiforovich volvió la cabeza y empezó a escuchar con más atención.

Eso animó al enviado.

—¡Vayamos rápido! ¡También está allí Foma Grigorievich! ¿A qué espera usted?

—preguntó, viendo que Iván Nikiforovich seguía tendido en la misma postura en la que lo había encontrado—. Bueno, ¿vamos o no?

—No. No quiero ir.

Este «no quiero ir» asombró a Antón Prokofievich. Estaba seguro de que su convincente exposición había persuadido completamente a aquella respetable persona y, sin embargo, lo que oyó fue un decidido «no quiero ir».

—¿Y por qué no quiere usted ir? —preguntó con un enfado del que sólo muy raramente hacía gala y que no sentía ni siquiera cuando le echaban un papel ardiendo sobre la cabeza, diversión a la que eran especialmente aficionados el juez y el comisario.

Iván Nikiforovich tomó una pizca de rapé y nada dijo.

—Como usted quiera, Iván Nikiforovich, pero no sé qué motivo puede tener para rehusar esta invitación.

—¿Cómo iba a aceptarla? —dijo al fin Iván Nikiforovich—. ¡Ese ladrón estará allí!

Así se refería habitualmente a Iván Ivanovich. ¡Dios mío! ¡Y pensar que no hacía tanto que...

—¡A fe mía que no está! ¡A Dios pongo por testigo que no está! ¡Que me parta un rayo aquí mismo si está allí! —contestó Antón Prokofievich, que estaba dispuesto a jurar por Dios diez veces en una hora—. ¡Vamos, Iván Nikiforovich!

—Está usted mintiendo, Antón Prokofievich. Está allí, ¿a que sí?

—¡No, por Dios que no está! ¡Que no pase yo de este punto y hora si lo está! Y juzgue usted mismo ¿por qué iba a mentirle? ¡Que se me pudran los brazos y las piernas!... ¡Cómo! ¿Todavía no me cree?

Fueron tantas las garantías, tantos los brazos y piernas, que Iván Nikiforovich acabó convencido y tranquilo. Ordenó al sirviente que vestía la levita infinita que le trajera sus pantalones

anchos y su chaqueta de nanquín.

Supongo que es completamente superfluo describir la forma en que Iván Nikiforovich se puso sus pantalones anchos, se anudó una corbata al cuello y finalmente se enfundó su chaqueta de nanquín, que tenía un descosido bajo el brazo derecho. Baste decir que lo hizo conservando la calma y que no contestó al ofrecimiento de Antón Prokofievich de que le diese algo a cambio de su bolsita turca de tabaco.

Mientras tanto, en la fiesta, todos esperaban impacientes el momento decisivo en que aparecería Iván Nikiforovich y se cumpliría el deseo general de que aquellos dos hombres tan respetables se reconciliaran. Muchos estaban convencidos de que Iván Nikiforovich no iría. Entre éstos se contaba el comisario, que incluso quiso apostar con Iván Ivanovich (el tuerto) que no vendría, y si no salió adelante la apuesta fue sólo porque el Iván Ivanovich (el tuerto) insistió en que el alcalde se jugara la pierna en la que le habían disparado y él su ojo ciego, lo que, aunque al comisario le pareció una falta de respeto, hizo bastante gracia a la concurrencia. Nadie se había sentado a la mesa todavía, aunque eran casi las dos, hora en que en Mirgorod, hasta en las ocasiones más solemnes, habría terminado ya de comer.

Apenas Antón Prokofievich apareció en la puerta le rodearon todos al momento. Como respuesta a todas las preguntas, gritó una única y decidida frase: «No quiere venir.» No había hecho más que decirlo y ya una tempestad de reproches, insultos y puede que hasta capirotazos se disponía a caer sobre su cabeza por haber fracasado en su embajada cuando de repente se abrió la puerta y por ella entró Iván Nikiforovich.

Si hubiera aparecido un resucitado o el propio Satán, no hubiera causado mayor asombro entre los reunidos como la inesperada llegada de Iván Nikiforovich. Antón Prokofievich casi se deshace en carcajadas de pura alegría, la que le produjo haber gastado aquella broma a todo el mundo.

Sea como fuere, el caso es que a todos les parecía difícil que Iván Nikiforovich se vistiera como correspondía a un caballero en tan poco tiempo. Iván Ivanovich, que en aquel momento había salido por algún motivo, no estaba presente. Tras recuperarse del asombro, todo el mundo mostró su preocupación por Iván Nikiforovich y su satisfacción por que hubiera aumentado el diámetro de su cintura. Iván Nikiforovich dio besos de saludo a todos y se hartó de decir «Muy agradecido».

Entretanto, el olor del *borsch* se extendió por toda la habitación y acarició las narices de los ahora hambrientos invitados. Todos se dirigieron hacia el comedor. Una hilera de damas, charlatanas y taciturnas, delgadas y rellenas, tomó la vanguardia del grupo y la larga mesa se pobló de multitud de colores. No describiré los manjares que estaban en la mesa; no diré nada de los *mnishki*^[8] con nata agridulce, ni del guisado de menudillos que sirvieron con el *borsch*, ni del pavo con ciruelas y pasas, ni del plato que tenía el aspecto de un par de botas bañadas en *kvas*,^[9] ni de la salsa, que era el canto del cisne de un cocinero de la vieja escuela, salsa que se servía prendida en llamas para diversión y espanto de las damas. No hablaré de estos platos porque me gusta más comerlos que extenderme describiéndolos en una conversación.

Iván Ivanovich tenía debilidad por el pescado preparado con rábano picante, de modo que se ocupó especialmente en el nutritivo y útil ejercicio de devorarlo. Estaba concentrado en separar las espinas más finas y depositarlas en el plato cuando por casualidad miró hacia adelante. ¡Dios mío, qué extraño! ¡Sentado frente a él estaba Iván Nikiforovich!

Y en ese mismísimo momento Iván Nikiforovich también levantó la mirada y... ¡no! ¡No puedo! ¡Que alguien me dé otra pluma! ¡Ésta es demasiado lenta, demasiado inerte, su trazo demasiado fino para este cuadro! Sus rostros quedaron como petrificados en una expresión de asombro. Cada uno de ellos veía en el otro la persona que conocía desde hacía tiempo, a la que se acercaría instintivamente, como a un amigo al que uno se encuentra y le alarga el frasquito de rapé diciéndole «Sírvese usted» o «¿Sería usted tan amable de servirse usted mismo?», pero a la vez esa misma cara que contemplaban era terrible, como un mal presagio. El sudor caía a chorros de la

frente de Iván Ivanovich e Iván Nikiforovich.

Los presentes, y todos los que estaban sentados en la mesa, se quedaron mudos, prestando toda su atención a la escena y sin poder apartar los ojos de los dos antiguos amigos. Las damas, que hasta entonces se habían entretenido con una amena conversación sobre cómo guisar los capones, se callaron de repente. ¡Todo quedó en silencio! ¡Era una escena digna del pincel de un gran artista!

Finalmente Iván Ivanovich sacó su pañuelo y se sonó la nariz. Iván Nikiforovich miró a su alrededor y sus ojos se detuvieron en la puerta abierta. El comisario se fijó en ese gesto e hizo que cerrasen la puerta a cal y canto de inmediato. Entonces ambos amigos empezaron a comer y ni una sola vez volvieron a cruzar la mirada.

Tan pronto como la comida hubo terminado, los dos antiguos amigos se levantaron de sus sillas y empezaron a buscar sus gorros para escabullirse tan rápido como pudieran. Entonces el comisario le guiñó el ojo a Iván Ivanovich —no ese Iván Ivanovich, sino el otro, el tuerto— y se puso tras Iván Nikiforovich mientras que el jefe de policía se colocó detrás de Iván Ivanovich y los dos empezaron a empujarles desde atrás acercándoles el uno al otro, para que no se marcharan sin haberse dado la mano. Iván Ivanovich, el tuerto, empujó a Iván Nikiforovich un poco de lado pero con bastante precisión hacia el lugar donde había estado de pie Iván Ivanovich; el comisario, por su lado, hizo gala de una puntería pésima, pues se vio incapaz de controlar los caprichos de su infantería, que esta vez no obedecía sus órdenes en absoluto y, como a propósito, avanzaba demasiado lejos y en la dirección opuesta (lo que también pudo deberse al hecho de que en la mesa había un gran número de licores de todo tipo), haciendo que Iván Ivanovich cayera sobre una señora de vestido rojo a la que la curiosidad la había hecho colocarse en el centro de la habitación. Como aquello no presagiaba nada bueno y, para tratar de arreglar las cosas, el juez ocupó el sitio del comisario, aspiró todo el tabaco que tenía en el labio superior y empujó a Iván Ivanovich hacia el otro lado. Éste es un procedimiento muy habitual en Mirgorod para provocar una reconciliación. Se parece un poco al juego de pelota. Mientras el juez empujaba a Iván Ivanovich, Iván Ivanovich (el tuerto) empujaba a su vez con todas sus fuerzas a Iván Nikiforovich, por el cual resbalaba el sudor como la lluvia de un tejado. A pesar de que los dos amigos se resistieron como gatos panza arriba, acabaron hallándose uno frente al otro, pues los dos empujadores recibieron refuerzos de los demás invitados.

Todos los rodeaban formando un estrecho círculo y no tenían intención de soltarlos hasta conseguir que se estrecharan las manos.

—¡Qué Dios les ampare, Iván Nikiforovich o Iván Ivanovich! ¡Digan en conciencia por qué se han peleado ustedes! ¿Acaso no fue por una tontería? ¿No se avergüenzan ustedes de su actitud ante sus semejantes y ante Dios?

—¡No lo sé! —dijo Iván Nikiforovich, sofocado por el esfuerzo (se advertía que no estaba totalmente en contra de la reconciliación.)—. No tengo la menor idea de en qué pude yo ofender a Iván Ivanovich. ¿Por qué, entonces, derrumbó mi corral y conspiró para acabar conmigo?

—Yo no soy culpable de mala intención en nada —dijo Iván Ivanovich sin volver los ojos hacia Iván Nikiforovich—. Juro ante Dios y ante todos ustedes, honorables caballeros, que yo nada le he hecho a mi enemigo. ¿Por qué, entonces, me insulta y ataca mi rango y mi buen nombre?

—¿Y cuándo le he atacado yo, Iván Ivanovich? —dijo Iván Nikiforovich.

Otro minuto de conversación y la larga enemistad hubiera tocado allí a su fin. La mano de Iván Nikiforovich ya estaba a medio camino de su bolsillo para sacar el frasquito de tabaco y decir: «Sírvase.»

—¿No es atacarme —replicó Iván Ivanovich sin levantar la vista— que usted, mi querido señor, insulte mi rango y mi apellido con una palabra que es indecente repetir aquí?

—Permítame que le diga, amigo Iván Ivanovich —y mientras decía esto, Iván Nikiforovich tocó con un dedo un botón de Iván Ivanovich, lo que demostraba su buena disposición hacia él—, que usted se ha ofendido sabe el diablo por qué... Porque yo le haya llamado «ganso»...

Iván Nikiforovich comprendió inmediatamente que había cometido una imprudencia pronunciando esa palabra, pero ya era demasiado tarde: la palabra estaba pronunciada.

¡Todo se fue al diablo!

Si ya esa palabra, cuando fue pronunciada en una situación en la que no había ningún testigo, enfureció de tal modo a Iván Ivanovich, que Dios nos libre de contemplar nunca nada semejante, considere usted qué no habría de ocurrir ahora que tal palabra había sido repetida frente a una concurrencia en la que había muchas damas, ante las cuales Iván Ivanovich gustaba de aparecer siempre especialmente correcto. Si Iván Nikiforovich hubiera actuado de otra manera, si hubiera dicho «pájaro» en lugar de «ganso» quizá la cosa hubiera podido arreglarse.

Pero, no. ¡Ése fue el fin!

Lanzó una mirada —¡y qué mirada!— a Iván Nikiforovich. Si esta mirada hubiera estado dotada de poder ejecutivo, hubiera convertido en cenizas a Iván Nikiforovich. Los invitados entendieron lo que esa mirada significaba y se apresuraron a separarlos. Y este hombre, el epítome de la bondad, que jamás pasaba frente a una mendiga sin dirigirse a ella, salió corriendo de la sala presa de un aterrador frenesí. ¡Así son las violentas tempestades que producen las pasiones!

Durante un mes entero no se volvió a saber nada de Iván Ivanovich. Se encerró en su casa. Se abrió el baúl secreto y de él se sacaron viejos rublos de plata de los abuelos. Y estos rublos acabaron en las sucias manos de turbios intermediarios. El caso fue transferido al Supremo. Y sólo cuando Iván Ivanovich recibió el feliz anuncio de que al día siguiente se dictaría sentencia, sólo entonces miró afuera y se aventuró a salir de su casa. Pero ¡ay! ¡Desde entonces el tribunal le ha informado diariamente durante los últimos diez años que se dictaría sentencia «mañana»!

Hace unos cinco años pasé por la ciudad de Mirgorod. Hacía muy mal tiempo para viajar. Era otoño, con su humedad, sus días melancólicos, su barro y sus brumas. Un verde poco natural cubría campos y prados, producto de las tediosas e incesantes lluvias. Ese verde sentaba tan mal a aquellos prados como las travesuras a un anciano o las rosas a una mujer mayor. Por aquel entonces, el estado del tiempo afectaba mucho a mi ánimo, y si el tiempo era monótono también yo me sentía aburrido. Pero, a pesar de eso, al acercarme a Mirgorod, sentí que se me aceleraba el corazón. ¡Dios, tantos recuerdos! Hacía doce años que no visitaba Mirgorod. Entonces vivían allí dos personas singulares, dos amigos entrañables cuya amistad era verdaderamente excepcional. ¡Y cuántas personas notables habían fallecido! El juez Demian Demianovich era ya un difunto. Iván Ivanovich (el tuerto), también se había despedido del mundo. Conduje por la calle mayor. Por todas partes había postes con paja atada en la parte superior: ¡debían de ser el trazado de algún nuevo proyecto! Habían demolido varias casas. Los restos de las cercas y empalizadas de cañas seguían deprimentemente en pie.

Era un día festivo. Mandé detener mi coche con capota frente a la iglesia y entré tan discretamente que nadie se volvió a mirarme. Ciertamente que no había nadie que pudiera hacerlo: la iglesia estaba casi vacía. Apenas había gente. Se veía que el barro atemorizaba hasta a los más beatos. Las velas en la tenue o, mejor dicho, enfermiza luz del día, resultaban de algún modo extrañamente desagradables. El oscuro vestíbulo tenía un aspecto melancólico; las alargadas ventanas, de vidrios redondos, estaban cubiertas de lágrimas por la lluvia. Me encaminé hacia la sacristía y me dirigí a un respetable anciano de pelo gris:

—Permítame que le haga una pregunta. ¿Vive todavía Iván Nikiforovich?

Justo entonces la lamparilla que estaba en el icono ardió con más fuerza y la luz iluminó directamente el rostro de mi interlocutor. ¡Qué sorpresa me llevé cuando, al verle, sus rasgos me resultaron tan familiares! ¡Era el propio Iván Nikiforovich! Pero ¡había cambiado muchísimo!

—¿Está usted bien, Iván Nikiforovich? ¡Cómo ha envejecido usted!

—Sí, he envejecido. Hoy he estado en Poltava, ¿sabe? —contestó Iván Nikiforovich.

—¡No me diga! ¿Ha ido usted a Poltava con el mal tiempo que hace hoy?

—¡No había otro remedio! El pleito...

Al oír eso, se me escapó un suspiro. Iván Nikiforovich se dio cuenta y dijo:

—No se preocupe. Sé de buena tinta que el caso se fallará a mi favor la semana que viene.

Me encogí de hombros y fui a ver si averiguaba algo sobre Iván Ivanovich.

—Iván Ivanovich está aquí —me dijo alguien—. En el coro.

Vi entonces una figura esquelética. ¿Era posible que fuera Iván Ivanovich? Tenía el rostro cubierto de arrugas y el pelo completamente blanco, pero vestía la misma *bekesha* de siempre. Tras los saludos de rigor, Iván Ivanovich, luciendo aquella sonrisa alegre que tan bien se ajustaba a su rostro en forma de embudo, me dijo:

—¿Quiere que le cuente una buena noticia?

—¿Qué noticia? —pregunté.

—Mañana sin falta deciden mi caso. El tribunal ha dicho que será así «con toda seguridad».

Suspiré todavía con más fuerza y me apresuré a despedirme, pues me había llevado hasta allí un asunto muy importante, y volví a subirme a mi coche. Los escuálidos caballos que en Mirgorod se conocían como caballos de diligencia, echaron a andar y sus cascos, al hundirse en la masa de barro, producían un sonido desagradable. Ráfagas de lluvia caían sobre el judío cubierto de esparto que iba en el pescante. La humedad me llegaba a los huesos. La triste puerta de la ciudad, con una garita en la que un vigilante inválido estaba sentado remendando su uniforme gris, quedó atrás. Luego, otra vez, el mismo campo, en unos sitios labrado y negro, en otros verde, los empapados cuervos y cornejas, la monótona lluvia, el cielo cerrado y lloroso... ¡Qué triste es el mundo, caballeros!